

Precio en Madrid, por un año. 40 rs.
Id. en provincia enviándose por el correo. 50.

Paris: librería española de Mellado, rue de Provence, núm. 42.
REDACCION, C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fijan el precio los comisionados.
Se suscribe en casa de los corresponsales del Establ. de Mellado.

SUMARIO.

ARTICULOS. La Persia en 1851.—Elogio de la ensalada.—Historia, costumbres y trages de los wahhabitas.—Maravillas del arte y de la industria.—Estrella matutina.—Anuncio.
GRABADOS. Ejecucion en Persia.—Ginetes wahhabitas.—Wahhabita de la tribu de Beni-Khaled.—Trage de un gefe wahhabita.—Torcido de la seda.—Tegido de la seda.

La Persia en 1851.

Hay pocas regiones tan desconocidas de los europeos, como el vasto imperio que se extiende desde las orillas del mar Negro hasta las del golfo Pérsico: nuestra distancia de la Persia nos ha hecho muy indiferentes á todo lo que pasa en ella, y sin embargo, ese país es uno de los mas interesantes del globo: sobre todo, bajo el punto de vista artístico, merece un estudio profundo.

El comercio de Europa esporta anualmente de allí por valor de 50.000.000 de productos, y políticamente hablando, la solución de la cuestión de Oriente se encuentra también en ella, por lo menos tanto como en Constantinopla.

El extracto siguiente de una carta del general Ferrier que ha mandado mucho tiempo en Persia, y los notables dibujos del caballero Julio Laurens, hechos durante su viaje á Oriente, y que han servido de modelo para el grabado que acompaña, son documentos muy preciosos, nuevos y demasiado actuales, para que dejen de interesar vivamente al público.

El trono de los Kadjars, se halla ocupado desde 1848, por un príncipe joven que no carece de buenas intenciones, pero completamente dirigido por su primer ministro el emir Mirza-Taghi-Khan, cuya necia vanidad y ambición han aumentado el desorden y la anarquía en que ese desgraciado país se encuentra sumido hace muchos años. Procuraremos dar á conocer á este personaje y á algunos otros funcionarios que le rodean.

«Para que nuestros lectores puedan formar

una idea mas exacta de Mirza-Taghi, vamos á establecer una comparacion entre su administracion y la de su predecesor, la cual tal vez aclarará hechos que no carecen de importancia.

«Los persas aman mucho el lujo y el reposo: el mayor número de ellos vive en el ocio, á espensas de la parte mas pequeña y pobre de la poblacion: este uso no es reciente en ese país, sino que por el contrario, parece haberse practicado desde hace muchos siglos.

«En el reinado anterior, el gobierno de las provincias se conferia al que daba mas, y el afortunado que llegaba á obtenerle, poco escrupuloso en la eleccion de los medios, se apresuraba á poner en prensa á sus administrados, para reintegrarse cuanto antes de lo que habia anticipado al Estado, y realizar, lo mas pronto posible, pingües rendimientos, porque nunca podia lisonjearse con la seguridad de conservar el día siguiente las funciones que se le habian confiado la víspera. Habia ademas otra cosa no menos deplorable en la administracion de aquella época, y era que la mayor parte de los distritos de la Persia habian sido erigidos en feudos, que no pagaban mas que cantidades insignificantes al tesoro público, y que se daban sin tino ni discernimiento á una multitud de intrigantes, incapaces de prestar el mas leve servicio al Estado: el número de los empleados retribuidos de ese

modo, ascendia á mas de la cuarta parte de la poblacion. Mantenian para su servicio particular, sin pagarlos, muchos criados que en nada se ocupaban, y se veian obligados á valerse para poder subsistir, de cuantos medios reprobados les sugeria su imaginacion: la administracion de estos tiranuelos era un verdadero saqueo, pues consistia en apoderarse de cuanto encontraban, segun las necesidades de sus amos, las suyas propias y las exigencias de la corte.

«El emperador difunto, Mehemmed Schah, no se hacia ilusion acerca de los resultados de este funesto sistema; pero su estado enfermizo le hacia tímido, poco cuidadoso de la suerte de sus súbditos, y arredrado con las perturbaciones que cualquiera innovacion podia producir en su imperio, dejaba que siguiese el despilfarro, no apeteciendo mas que salir del día, y gozar de las dulzuras de la dignidad real, sin apurarse por el porvenir, y descargando el peso del gobierno en su primer ministro Hadji-Mirza Aghassi. Este, que murió en agosto de 1847, en la santa ciudad de Kerbelah, no tenia las simpatías de sus compatriotas: sin embargo, todos reconocian en él firmeza, ó mas bien una gran tenacidad, un talento despejado, y un carácter generoso y benévolo, aunque brusco. Desgraciadamente su lenguaje era con harta frecuencia ofensivo, y algunas veces hasta cínico: al llegar al

visirato, en 1853, hizo laudables esfuerzos para dar á la Persia mas unidad gubernamental, y para introducir un poco de moralidad en la administracion. A imitacion de Luis XI y de Richelieu, redujo á la nulidad el poder de los grandes feudatarios, y alejó algunos centenares de príncipes hijos y nietos del emperador Feth-Ali-Schah, que arruinaban el Estado, y que todos, cual mas, cual menos, aspiraban al poder supremo, y los reemplazó en el gobierno de las provincias con gente menos noble, pero que le era enteramente adicta. Este primer triunfo era grande sin duda, mas no obstante quedaba incompleto por la obstinacion de los nuevos funcionarios en continuar el sistema que queria desarraigar el primer ministro, es decir, el saqueo de sus administrados. Los esfuerzos de Hadji-Mirza-Aghassi para reprimirlos, fueron infructuosos.

«Abandonó, pues, sus ideas de reforma, y ya no pensó mas que en enriquecerse: así fué que jamás ministro alguno acumuló tantos odios sobre su cabeza, y cuando murió Mehemmed-Schah, en 1848, el pueblo le vió con ju-



Ejecucion en Persia

bilo reemplazado por *Mirza-Taghi-Khan*, conocido ya por sus funciones de comisario persa en las conferencias de *Erzeroum*.

«Este nuevo ministro se anunció como un gran reformador, y haciendo abstracción de toda modestia, pensaba eclipsar los trabajos de Pedro el Grande: el énfasis de esta declaración produjo un efecto contrario al que había esperado. Muchas personas, queriendo juzgarle por sus obras antes de decidirse a abrazar su partido, se enfriaron sensiblemente viéndole tan pródigo de promesas: en el día ya se ha fijado la opinión acerca de él, con conocimiento de causa. Desempeña los negocios de la Persia, hace tres años, con un poder ilimitado: ningún ministro le ha poseído jamás tan estenso, y ninguno ha hecho tampoco de él semejante abuso: ha sobrepuesto en un centuplo las depredaciones de su predecesor, pero se ha guardado muy bien de imitarle en su clemencia y en su generosidad. Al principio se creyó que iba a señalar con un acto de justicia su advenimiento al poder, y los propietarios despojados injustamente de sus bienes en el reinado anterior, tuvieron la candidez de pensar que se los devolverían, pero habían contado demasiado con las promesas y desinterés de *Mirza-Taghi-Khan*. El primer decreto expedido por *Nasser-Eddin-Schah*, les hizo saber que aquellas propiedades retiradas a *Hadj-Mirza-Agassi*, formarían también parte del dominio ó patrimonio de la corona, y serían administradas por el primer ministro. Esta medida causó un grande asombro, pero como definitivamente no perjudicaba mas que á los intereses de los propietarios injustamente despojados, los servidores y acreedores del Estado se ocuparon de ella muy poco ó nada, cuando les aseguraron que las rentas de los bienes confiscados no ingresarían en el Tesoro, en donde ya había depositados mas de 120.000.000 de reales para pagar sus créditos. Si hubieran conocido entonces á fondo el pensamiento de *Mirza-Taghi*, jamás habrían contado con semejante promesa; porque efectivamente no la había hecho mas que para evitar desafección y obstáculos. En cuanto pasó la sensación producida por el decreto imperial, los acreedores demasiado confiados, á quienes se hubiera podido indemnizar sin muchos esfuerzos, supieron con estupefacción, que el primer acto de espoliación de *Mirza-Taghi-Khan*, iba á ser seguido de otro no menos odioso. El que se había anunciado como un hombre ilustrado y mucho mas equitativo que Pedro el Grande, acababa de decidir en su alta justificación que no recibiesen ni un maravedí. ¡Qué bancarrota!... en un país que no tiene ninguna deuda pública, que goza una renta de 240.000.000 de reales, y que tiene en caja una existencia en activo, dos veces mayor que su pasivo... Así fué que la diplomacia estrangera no hizo caso de tan singular declaración, y los estrangeros, acreedores del gobierno persa, fueron indemnizados, á escepción de los franceses, que á los ojos del primer ministro tenían la falta de ser amigos desinteresados de la Persia, de haberla prestado mas de un servicio, y de hallarse completamente abandonados por su gobierno.

«*Taghi*, después de fijar el impuesto, le hizo ingresar directamente en el tesoro del schah; los contribuyentes no experimentaron con estas nuevas medidas ningún alivio en sus cargas, porque en el día se ven obligados á dar al Estado una suma mayor que la que daban á veinte opresores diferentes. Sin embargo, esa disposición sería una mejora real y efectiva, si el tesoro de que el primer ministro dispone á su arbitrio, subviniere los gastos de utilidad pública, si se invirtiesen sus fondos en abrir caminos, construir depósitos de aguas, puentes y caravanas ó paradores en los puntos despoblados de que la Persia se halla en el día casi totalmente desprovista; pero *Mirza Taghi* tiene que atender á otras cosas mas importantes que esas obras, como son las que emprende por su propia cuenta en Teheran, para vivir con una pompa regia y aumentar sus rentas: en esto únicamente es en lo que Pedro el Grande de Persia ha pensado en introducir reformas. Los funcionarios influyentes de la corte, viendo que todas las medidas del primer ministro se dirigían á su interés propio, mientras que sus sueldos y obenciones se disminuían considerablemente, se pronunciaron contra ese sistema demasiado personal; pero les salió muy mal este paso, porque sin respecto á sus antiguos servicios, que en la mayor parte databan del reinado de *Feth-Ali-Schah*, fueron destituidos de sus empleos, despojados de sus bienes, presos, desterrados y encerrados en fortalezas. Y aun debieron conceptuarse muy dichosos con no haber librado peor, porque con los nobles de segundo orden y el pueblo, *Mirza Taghi* se valió de medios mas prontos y fuertes. Por una bagatela ó por satisfacer una antigua enemistad personal, forjaba delitos imaginarios y hacia dar muerte á muchos infelices, que cuando mas merecían algunos días de prisión; si la mayor parte de ellos tenían algo de que arrepentirse era seguramente de haber dicho en público la verdad. Puede asegurarse sin exageración que durante los dos primeros años del viriato de *Mirza Taghi*, el número de las ejecuciones capitales en Teheran se elevó á mas de un duplo de las que habían tenido lugar en los catorce años de ministerio de su antecesor *Hadj-Aghassi*; sin embargo, tanta sangre derramada no ha podido afirmar á ese hombre en el poder, pues es generalmente aborrecido.

«*Mirza-Taghi-Khan* solo debe su elevación al puesto de primer ministro, á la inesperienza del joven *Schah*, que acababa de salir del palacio de su padre cuando cinó sus sienes con la corona: sería muy difícil y aventurado formar un juicio exacto de este príncipe, que apenas comienza su carrera política; con todo, desde luego puede decirse que no tiene ningún vicio conocido, ni tampoco un gran mérito, y que podría hacerse amar de su pueblo si le aconsejase otro ministro. Rodeado de personas vendidas á este último, no puede saber ni una palabra de verdad de lo que pasa en lo interior de su imperio, y no se le puede, pues, hacer responsable del inicio sistema que en él rige; *Taghi* le hace continuamente las promesas mas seductoras: le asegura que sus reformas han hecho renacer la edad de oro en Persia, y como toda la corte le acompaña á coro, no encuentra ninguna razón para desconfiar de sus aserciones. Tal es en el día la situación del imperio de Iran: bien necio sería el que creyese en su regeneración, y en los desmedidos elogios que se prodiga el ministro del *Schah* en la *Gaceta de Teheran*».

El general *Ferrier*, después de esta reseña política, da pormenores interesantes acerca de la organización militar, si conviene aplicar esas dos palabras á tropas mal instruidas y mandadas por oficiales ignorantes, que se dejarían batir completamente por un ejército europeo. En sus numerosas es-

cursiones por las provincias persas y en sus expediciones, se ha encontrado en disposición de poder juzgar por sí mismo; el general *Ferrier* ha penetrado hasta el corazón de las tribus de los *Afghanes*, pueblo en parte nómada, que se encuentra en todo el límite oriental del *Korassan*. Ha visitado á *Kandahar*, ciudad que nos es tan poco conocida como *Tombucto*, *Kabul* y *Samarkanda*. Allí fué donde adoptó ese traje afghan, tan pintoresco, tan marcial, tan gracioso y tan agreste á un mismo tiempo; su retrato, hecho en Teheran por *Laurens*, da la idea mas perfecta de los caballeros afghanes, aventureros poéticos de la Alta Asia, de tez bronceada, cuerpo flexible y vigoroso, y que con la lanza en ristre y cubiertos de armas magníficas, recorren en sus veloces corceles las vastas soledades de la Persia, de que parecen sus genios naturales.

A todos los abusos inveterados que hacen del ejército persa una horda de bandidos, solo se les ha opuesto, según dice el mismo general, una mejora real, una reforma seria.

«Los soldados que cubren la guarnición de la capital, están un poco mejor alojados y pagados que en tiempos pasados, porque *Taghi* sabe muy bien que siendo aborrecido del pueblo, debe á toda costa atraerse al ejército, sin cuyo auxilio le sería imposible sostenerse cuarenta y ocho horas en el poder, lo cual le demostró de un modo inequívoco una sedición militar que por poco le derriba en 1849. Así es que desde entonces procura tenerle propicio otorgándole toda especie de privilegios; sin embargo, no le ha hecho ni mas adicto, ni mejor, ni mas temible; las dos únicas ocasiones que ha tenido de mostrarlo, lo prueban suficiente.—En 1830, un cuartel de *Zinguan*, habitado por cuatro ó cinco mil sectarios de *Bab*, se sublevó contra el *schah*: aunque las dos terceras partes de la población estaban en poder de un cuerpo de 40.000 hombres, provisto de un numeroso parque de artillería, solo después de un año de sitio, después de recibir refuerzos considerables y de perder 5.000 hombres, las tropas imperiales lograron apoderarse de treinta ó cuarenta casuchas en donde se habían encerrado los *babis*: la rebelión del *Korassan* tampoco hubiera sido reprimida, aunque hubiesen sido dirigidas á aquel punto casi todas las fuerzas del *schah*, si la traición no hubiera puesto á su jefe, el *Salar*, en manos de los generales persas. *Mirza-Taghi-Khan* ha aumentado el ejército hasta 150.000 hombres, pero no tan solo es insuficiente para conservar el orden en las provincias, sino un obstáculo, porque muchos batallones se hallan continuamente en abierta rebelión contra sus jefes, é imponen la ley á los gobernadores de las provincias; estos, como no pueden contar con sus jefes, de acuerdo con el primer ministro, recurrieron sin cesar á mil expedientes para hacer creer al *schah* que dispone de fuerzas militares sumisas y disciplinadas. En apoyo de esta aserción, el hecho siguiente indicará hasta qué punto se abusa de la credulidad y buena fe del joven soberano.

«El *Korassan* y las provincias meridionales de la Persia estaban hace dos años en completa insurrección: las tropas mal pagadas y faltas de víveres y municiones, se negaban á marchar contra los rebeldes, y grande era el embarazo de *Mirza-Taghi*, que quería á toda costa dar á su soberano pruebas materiales de la escelerencia y vigor de su administración. Para conseguir su objeto se entendió con los gobernadores de las provincias sublevadas, y estos le enviaban de cuando en cuando algunas cargas de cabezas de turcomanos y de *belutchis*. En cuanto llegaban á Teheran eran clavadas en un gran madero pintado de encarnado, situado á la entrada de la ciudadela, como si fuesen las de los revoltosos cogidos con las armas en la mano; sin embargo, no había nada de eso, pues eran cabezas de algunos desgraciados aldeanos ó nómadas, completamente sometidos á la autoridad, y que por consiguiente no tenían ningún motivo para huir al aproximarse los soldados, que á falta de otra cosa y con los mas fútiles pretextos, los daban muerte para apoderarse de sus despojos y proporcionar al primer ministro una ocasión de realzar su celo á los ojos de su amo».

En todas las ciudades principales de Oriente hay el *Meydan* ó plaza por escelerencia; en Teheran lleva el nombre de *Meydan-Chay* ó plaza real, ó *Korkhane-Meydan*. Allí debe dirigirse el estrangero para observar, en sus manifestaciones mas características, la existencia persa. Allí, poetas improvisadores y comerciantes de todas clases, cómicos, encantadores de serpientes y encantadores de hombres, *fakires* de la India y santones de la Meca, músicos, bailarines, titiriteros de todas especies, soldados y bandidos, se agitan y se confunden de una manera inesplicable: multitud bulliciosa y pintoresca que busca emociones, y que apenas se aparta para dejar pasar el acompañamiento de un condenado á muerte; porque allí es también en donde el verdugo corta las cabezas, despedaza los miembros, empala y saca los ojos, arranca las lenguas, corta las orejas y las narices y derrama plomo derretido en las entrañas de los sentenciados, por la justicia de *Chahin-Chah*, el rey de los reyes, la columna y la luz del mundo y corazón de león, *Chir-Dil*; igual en número á las estrellas, ó como le suelen llamar *Tab-Afgan*, que arroja llamas; *Mard-Afgan*, que supera á todos los héroes; *Mereké-Afrouz*, que enciende el combate; *Dourr-Afschan*, que esparce perlas, azúcar y miel; *Ember-Aguir*, lleno de ambargris, y así hasta lo infinito, porque tales son los epítetos de que se sirven los cortesanos cuando se dirigen al soberano. Pero apresuremonos á decirlo, *Nasser-Eddin-Schah* no autoriza de ningún modo esa perversidad, que ni aun siquiera sospecha, de la que solo debe hacerse responsable á su terrible ministro *Taghi-Khan*.

Se cita un rasgo del rey que indica sentimientos de diferente naturaleza: al nombrar á *Taghi* su gran visir, le concedió también la mano de *Malek-Zadeh-Khanoun*, su única y muy amada hermana; lo cual explica como ese ministro ha podido adquirir tan grande ascendiente sobre su soberano: mas para hacer mas duradero su poder, *Taghi* deseaba que su hermana se casase con *Nasser-Eddin-Schah*, con la esperanza, claramente manifestada, de que el rey mandaría ahogar á los hijos varones que nacieran de otras mugeres y fuera de aquel enlace. Esa proposición indignó al joven príncipe, que rehusó paladinamente el contraer un matrimonio que se presentaba bajo una perspectiva tan cruel.

En la plaza Real de Teheran, se ve á la derecha la ciudadela que es la residencia del príncipe, y en la que se penetra por un puente levadizo echado sobre un ancho y profundo foso. Las torres, de proporciones elegantes, están cubiertas de ese brillante esmalte de Persia que da tanto atractivo á la

arquitectura oriental. Al Sud, y casi enfrente, aparece la vasta cúpula de la mezquita catedral, *Merchidi-Schah*: este espléndido monumento, desgraciadamente no está concluido. El resto de la plaza se halla cerrado por bazares ó galerías medio arruinadas, y dejando á un lado lo pintoresco del conjunto, puede compararse en el desorden, la suciedad, la desigualdad del suelo, los escombros y la estension, á la plaza del *Carrousel* de París, en su estado actual.

En medio se eleva el gran mástil de color de sangre de que habla el general, árbol de cucaña de nuevo género, en que esas cabezas sin cuerpo, de víctimas con frecuencia inocentes, parecen disputarse el premio del martirio.

Por donde viaja ó acampa el soberano, se planta delante de su palacio ese gran mástil, símbolo de su derecho supremo de vida y muerte; insignia sagrada del poder del *schah*, y que de ningún modo produce el efecto que nos causa un instrumento de suplicio, el horror que nos inspira la horca ó el garrote. El rey es el ejecutor de la justicia de Dios, y en cualquier sitio en que se encuentre, le siguen y rodean los verdugos.

Mirza-Taghi, hijo de un cocinero, *Kerbela-Kourban*, y cocinero él también en su juventud, ha conservado con los amigos de aquella época de su vida la mayor confianza, y les concede todos sus favores. Después de su hermano, agraciado con el lucrativo empleo de visir-nizan (ministro de la Guerra), es preciso colocar en primera línea entre sus favoritos, al general *Aziz-Khan*, el gobernador general *Tkirakh-Ali-Khan*, á un tal *Mirza-Ahmed*, y al tesoroero *Medhi-Khan*.

Así, *Mirza-Taghi*, que gobierna como despota absoluto, lejos de engrandecer á su país, por las que él llama reformas, no ha hecho con todas sus astucias, mas que rebajarle y remachar mas la cadena que le tiene sujeto á los rusos y á los ingleses. Cualquiera de estas dos naciones que amenace á la Persia, puede estar segura de someterla á su voluntad. Todas esas complicaciones, que datan de muchos años, acaban de entrar en una nueva fase: sin embargo, no creemos que produzcan tan pronto la guerra en Asia, entre los dos poderosos Estados que se disputan su supremacía; pero si contra nuestras convicciones, el *Afghanistan* llegase á ser el teatro de una lucha largo tiempo hace prevista, podemos predecir el triunfo, no á los grandes batallones, sino á los que dispongan de mas gruesas sumas, para atraerse las codiciosas poblaciones de esa lejana región: en una palabra, ese es negocio de dinero.

Antes de concluir, nos limitaremos á decir que la posición ó actitud tomada por la Francia con respecto á la Persia, desde principios de este siglo, no ha sido nunca bastante fuerte para contrabalancear la de los rusos y la de los ingleses, y de esto, tanta culpa como el gobierno francés tienen los diplomáticos encargados de representarle.

(Extracto de una carta del ayudante general, J. S. Ferrier).

Nota. Pocos días después de la fecha en que se recibió esta carta del general *Ferrier*, un despacho telegráfico de *Trebisonda*, trajo la noticia de que el visir *Taghi-Khan*, de que aquí se trata ha sido condenado á muerte por orden del *schah* y luego se supo que se le abrieron las venas en un baño, y su inmensa fortuna fué inmediatamente confiscada. Esta noticia importante, dió un interés mucho mas vivo á los documentos históricos sobre la Persia, y sobre el temible primer ministro que la gobernaba ya hacia cuatro años. La lámina ó grabado que representa una ejecución en Teheran, dará al lector la idea mas exacta del modo con que *Taghi-Khan* ha sufrido la muerte.

En Persia, dice el coronel *Colombari*, que ha servido largo tiempo en el ejército de este país, cuando un ministro cae del poder, queda envilecido y se le mira como el mas despreciable de los hombres. El suplicio de abrirle las venas en un baño, era, pues, demasiado noble para *Taghi-Khan*, y no es seguramente así como fué ejecutado, según dicen los periódicos, sino que le cortaron la vena yugular, muerte ignominiosa, porque de esa manera se mata á los animales. Solo que la cabeza, en vez de ser clavada en el mástil como las de las personas de la clase infima, debe ser colocada en lo alto, en una tablita: ¡honor supremo reservado á los príncipes y á todos los nobles!...

Elogio de la ensalada.

CARTA DE UN VIAGERO INGLÉS Á SUS CONCIUDADANOS.

En Inglaterra no se conoce de modo alguno el papel que desempeña la ensalada en el mundo. Existen tradiciones que hablan del gentileman que se dirige en carruaje de uno á otro convite, y que ejerce, con toda la consideración que se concede á un grave doctor en medicina, la profesión de *aderezar ensaladas*. Pero aun cuando esas tradiciones causan algun asombro, la impresión que produce en el ánimo no es bastante fuerte para impulsar á hacer investigaciones sobre los verdaderos preceptos del arte de arreglar una ensalada, y cada uno se contenta con sazónarla á su manera.

Los viajeros nos han conducido á pueblos eminentemente aficionados á la ensalada. Una de las particularidades de la organización inglesa, es el venerar todo lo que parece misterioso: así es que generalmente los habitantes de la Gran Bretaña profesan el mas profundo respeto á esa clase de manjares. Hemos visitado la Alemania, la Italia y la Francia, y por todas partes, pero particularmente en este último país, hemos comido ensaladas de todas especies, y en la actualidad, merced á doctos estudios que hemos hecho con todo el esmero y cuidado que puede emplearse en asunto tan importante nos hallamos por fin en disposición de instruir á nuestros compatriotas.

Un escritor francés del siglo XVI, al hablar con éxtasis de los huevos, nos ha dicho que podía variar todo los días su comida per espacio de un año entero, sin hacer uso de otra cosa que de huevos. Con mucha mas admiración debemos, pues, mirar á la ensalada, que no solo admite trescientos sesenta y cinco modos de aderezarla, sino que ademas se conocen trescientas sesenta y cinco especies, por lo menos, susceptibles cada una de ellas de otros tantos métodos.

Un escritor alemán ha hecho observaciones sobre la etimología de la palabra *ensalada*, y ha descubierto que era un derivado de *sal*: se muestra muy satisfecho de su resultado, pero se detiene y se encuentra perplejo cuando se trata de las variedades de ensaladas azucaradas de manzanas y naranjas que se comen en su país con cochinillos asados. Sea co-

mo quiera, es un hecho bien averiguado, que la existencia de la ensalada es anterior a la del hombre. Nuestros hijos comen con el mayor placer la que la *naturaleza les ofrece ya preparada*, y en la que se hallan agradablemente confundidos los jugos mas sabrosos y picantes: hablamos de esa yerba que se encuentra en los prados de Inglaterra, y que es conocida con el nombre de *acedera*. Los animales mas pequeños comen ensalada, y hasta las fieras y las aves de rapiña suelen, segun se dice, regalarse con ella. ¿No vemos algunas veces a los perros buscarla en las praderas? Si examinamos ahora la distribución geográfica de este alimento con respecto a la humanidad (no aludimos a Nabucodonosor que fué condenado a alimentarse con ensaladas frescas) reconoceremos que todos los pueblos de la Europa meridional, forman de ella la base principal de su sustento. En Alemania y en los países que tienen el mismo clima, se comen durante seis meses; en Rusia la décima parte de la población se alimenta con ella tres meses del año, pero en Francia es indudablemente en donde se come mas. «Nada faltaba a mis ejércitos durante mis campañas, decía Napoleón, mas que la sopa y la ensalada.» En cuanto a los pueblos que habitan las regiones extremas del Norte, no conocen ese alimento, ni tienen vinagre. Sin embargo, no pueden sentir esa privación porque se alimentan con pescado, y con este es inútil la ensalada; pero nuestros lectores nos permitirán que hagamos aquí una escepcion solemne en favor de los lenguados que ciertos pueblos ilustrados comen con rajitas de limón. Brillant-Savarin nos dice tambien que el sollo asado en el horno, no puede servirse sin ensalada; y ademas el salmón frito, siempre va acompañado en Francia de una elegante ensaladita, que no podemos menos de mencionar sino hemos de pasar por unos ingratos.

El manjar que nos ocupa, consta de cuatro elementos diferentes (como el sistema de la naturaleza de los antiguos), el vegetal, el aceite, el vinagre y la sal. En algunos países se le añaden huevos, anchoas, arenques, lonchas de carne fiambre, pepinillos en vinagre, alcázaras, aceitunas, queso, rodajas de limones ó manzanas, patatas cocidas, crema, y otras mil cosas: bien sea para encubrir la falta de frescura de la ensalada, bien para hacerla mas gustosa y excitar el apetito. Hermés dió cuatro cuerdas a la lira, y los etolios desterraron a Anaximandro que queria añadirle otra quinta. En Francia, Austria é Italia, muchas personas han sido condenadas a destierro ó a prision por delitos mas leves que el de añadir, a despecho de todos los principios, un quinto elemento a los de que se debe componer una ensalada. La única desgracia que puede igualar la adición de dos elementos nuevos, es la falta de los que son absolutamente indispensables: el verse privado de aceite, fué para Job una de las pruebas mas duras que tuvo que sufrir su paciencia. La ensalada tiene una historia y una literatura especial, que nada puede esceder, ni aun la de los griegos. El historiador Josefo se contenta con referir que el castigo de Nabucodonosor, solo consistía en el alimento esclusivo de ensaladas: pero un escritor alemán, el baron Von-Vaerst, que se ha ocupado de este asunto, añade, en un cementario muy juicioso, que el castigo de aquel rey consistía únicamente en no sazonar las ensaladas detestables con que se alimentaba.

Plauto, en *Rudeus* (acto cuarto), encomia los privilegios y la ventura de la riqueza. Un pescador se encuentra una maula en el camino; cree que contiene un tesoro, y como la lechera de la fábula, comienza en seguida a recapitular todos los goces que se va a proporcionar. Mas ¡ay! abierta la maula ve que solo contenía ropa blanca: ¿cómo había de espresar su amargura? ¿Qué pérdida había de deplorar con mayor sentimiento? ¡Adios, esclama, manjares deliciosos que me prometia! ¡Adios ensaladas bien aderezadas, cuyo perfume sentia ya en mis labios!

Los padres de la Iglesia no han permanecido tampoco silenciosos sobre el asunto que tratamos, San Antonio y San Jerónimo, que vivió sano y robusto hasta la edad de ciento y cinco años, y que durante los noventa últimos no se alimentó mas que con pan y agua, no podía resistir a cierto deseo violento de comer ensalada. Este hecho importante, le confirma tambien San Atanasio.

Entre los modernos encontramos el mismo entusiasmo: Molza, poeta italiano, escribió un largo poema sobre la ensalada. El primero que la comió, dice, fué Adán en el paraíso, y desdeña poner en paralelo el laurel del guerrero y la ensalada del hombre pacífico. Las salsas mas nobles no son mas que unas criadas de la ensalada, y si es cierto que antiguamente un romano ofreció una fortuna al inventor de una salsa, ¿qué hubiera dado por una nueva ensalada?

Los diversos aderezos que deben emplearse han ocupado la atención de muchos sabios, especialmente en Francia. No solo han sido estudiadas las propiedades específicas de la sal, el aceite y el vinagre, sino que tambien se han ocupado de su influencia sobre la ensalada. Foureroy y Chaptal, químicos famosos, han escrito cada uno su tratado sobre esta materia: Chaptal se dirige a la posteridad coronado con guirnalda de hojas de ensalada. La ensalada a lo Chaptal, debe ser regada copiosamente con aceite y vinagre mezclados con precaución y medida, y en seguida sacudirla ligeramente entre dos tamicas, para que salga todo lo superfluo de ambos aderezos. «Hecho esto, dice el inventor, quedará sobre las hojas mucho aceite y poco vinagre; pero lo bastante de uno y otro para dar un perfume suave y delicado.» Esto es admirable en cuanto al aceite y el vinagre, pero Chaptal no habla una palabra de la sal. El escultor que hizo la estatua del rey Carlos, en Charing-Cross, se suicidó, segun dicen, por haber olvidado las cinchas de la silla: Chaptal, probablemente no advirtió jamás su omisión, porque si así no fuese, por nada en el mundo habría deseado sobrevivir a ella.

Sin embargo, la cantidad conveniente de sal es de la mayor importancia, y es un asunto tan delicado como los miramientos debidos a la naturaleza de la ensalada: ¿es corta ó rizada, blanda ó con granos? El gran Gaudet emitió acerca de eso las doctrinas mas sabias, pero no nos es posible acordarnos de ninguna de sus preciosas palabras, que nos sirva de apoyo en este punto.

En cuanto a la ensalada, nuestro método de componer la varia segun la especie; todas exigen estremada limpieza: todas, despues de lavadas con cuidado deben secarse con precaución y sacudirse entre dos servilletas. Unas requieren ser tratadas con delicadeza, y otras el ser sacudidas y prensadas: algunas deben ser cortadas y otras picadas: en este último caso se encuentra la *romana*. Federico Schlegel dice hablan-

do de esta variedad, que debe ser picada en pedacitos muy pequeños, semejantes a los copos que forman las nubes conocidas por los sabios con el nombre de *rumuli*, las nubes hembras de Plinio. Los corazones de algunas ensaladas deben ser colocados aparte y sazonados de una manera especial. Rousseau nos asegura que para que una ensalada posea un sabor exquisito, es necesario que esté aderezada por una jóven de quince a diez y ocho años.

El aceite que conviene mejor a una ensalada es la alegría, dice Rabelais. El aderezo que usaba Sixto V convendría mucho a los ingleses: cuando este papa no era mas que un monge oscuro, tenia por amigo íntimo a un curial, y mientras este vacía sumido en la mayor miseria, el monge llegó a ser papa. El pobre hombre se puso en camino para ir a implorar la protección de su antiguo amigo; pero habiendo caído enfermo durante el viaje, encargó a su médico fuese a abogar su causa ante el santo padre. «Le enviaré una ensalada,» dijo el papa, y efectivamente, envió al punto al enfermo una cesta llena de lechugas, pero el corazón ó cogollo de cada una de ellas contenía cierto número de monedas de oro. De ahí nace el proverbio italiano que todavía se usa cuando se quiere manifestar que un hombre tendría sumo placer en que un amigo le diese dinero: «necesita lechugas de Sixto V.»

El gran Gaudet que ya hemos citado, fué una de las primeras víctimas de la revolución francesa. A fines del último siglo, llegó a Inglaterra ese hombre notable proscrito, sin amigos y sin dinero. Poco tiempo despues, las damas mas hermosas no se desdaban de fijar sus bellos ojos en sus trabajos, y los hombres, habituados a regir los destinos de los ejércitos y de las naciones, sentían hacerseles un agua la boca cuando en un convite pasaba a su lado. En las casas de la antigua nobleza que estaban mas a la moda, y entre ellas en la del último marqués de Abercorn, la música entonaba espontáneamente la canción: *Ya llega el héroe conquistador*, cuando entraba en el salón el gran Gaudet. En su presencia cesaban todas las conversaciones de la mesa, y al silencio sucedía la admiración. ¿Cuántos aderezos poseía!... ¿Con qué delicadeza manejaba las ligeras hojas verdes!... ¿Qué historietas tan lindas refería para amenizar la comida!... ¿Con qué gracia y talento desempeñaba el arte de aderezar una ensalada!... Tales eran los pensamientos que ocupaban la mente de cada uno.

Cerca de la ciudad de Roma vivía casi en la misma época cierta señora llamada Drake, que tambien ilustraba con su talento el arte divino de aderezar una ensalada, y aceptaba la comisión que la encargaban con una gravedad enteramente alemana. Era de opinión que para que la ensalada estuviese fresca, no debía esponerse a la luz hasta el momento mismo de comerla; y así acostumbraba a aderezarla en una habitación oscura.

Ya hace mucho tiempo que estamos hablando, y todavía no hemos dicho nada acerca del modo de hacer una ensalada. Debemos declarar desde luego que toda fórmula es inútil: es preciso haber nacido *aderezador de ensaladas*. La ensalada es una obra de gusto que pertenece al dominio de las bellas artes: el talento que exige no puede adquirirse por medio de reglas, como la poesía, la pintura y la escultura. Seguramente se puede aprender a cortar y aderezar mal una ensalada: puede saberse que la lechuga requiere mucho aceite y la achicoria muy poco: que la coliflor constituye la base de una ensalada deliciosa muy apreciada en Italia, pero casi desconocida en Inglaterra. Se puede saber que cuatro cucharadas de aceite corresponden a una de vinagre, que la sal da sabor, y que sobre todo, antes de echar el aceite es preciso tener cuidado de deshacer perfectamente la sal en el vinagre. Todo eso puede saberse, y tambien escoger la ensalada segun la estación; pero el que desee sobresalir en este arte es necesario que haya nacido *aderezador de ensalada*, y que esté dotado de un exquisito tacto natural. Aun a la presencia misma del gran Gaudet se ha puesto en duda si era posible encontrar en un solo individuo todas las cualidades indispensables para formar un *perfecto aderezador de ensaladas*.

Historia, costumbres y trages de los wahhabitass.

A principios del último siglo, se formó en el centro de la Arabia, en el país del Nedjd, una secta, cuyas doctrinas basadas sobre el Koran, encontraron numerosos prosélitos. Estos sectarios, que del nombre de su fundador Abb-el-Wahhab, tomaron el de *wahhabis* ó *wahhabitass*, se han hecho dueños de casi toda la Arabia, de las mejores provincias de la Persia, de una parte de la Siria, y durante mas de un siglo han amenazado al islamismo en Oriente, con una reforma religiosa y política, que ofrece alguna analogía con la de Lutero en Occidente.

El autor de esta reforma, el cheik Moham-med-Ibn-Abd-el-Wahhab, que pretendía descender por línea recta del profeta árabe cuyo nombre llevaba, nació en la aldea de Horeymle en 1691. Despues de haber concluido sus estudios en Basora, en la Meca y en Medina, volvió a su país, en donde su elocuencia y su género de vida ascética le adquirieron bien pronto una gran reputación de sabiduría y santidad. Asombrado de los numerosos abusos que se habían introducido en la religion musulmana, hablaba sin cesar de la pureza primitiva del dogma, de la necesidad de que las creencias volviesen a la adoración de Dios solo y a la observancia de su ley.

Abd-el-Wahhab había tomado por base de su reforma el texto mismo del Koran, pero le comentaba de una manera diferente de la de los musulmanes. Mahoma, no era a sus ojos mas que un simple instrumento de que Dios se había valido para dar a conocer sus voluntades a los hombres: no le consideraba superior a Moisés ó a Jesucristo que no habían sido mas que intermediarios entre Dios y sus criaturas.

El reformador fué acogido y secundado por Mohammed-Ibn-Sououd, gefe de la tribu de Bahi-Aba, que habiendo reunido muchas hordas vagabundas, y sometido algunas tribus pequeñas, había tomado el título de emir de Derieh y de El-Haga. El apoyo que este ambicioso gefe prestó a Abd-el-Wahhab, decidió el triunfo de la reforma. Fuerte con su supuesta misión, Ibn-Sououd sometió en poco tiempo casi todos los pueblos del Nedjd. Murió en 1763, dejando el poder a su

hijo Ab-del-Aziz, a quien el pueblo reconoció unánimemente por gefe.

Este principe, que no carecía de valor ni de habilidad, acrecentó rápidamente el poder y la dominación de los wahhabitass, y bien pronto el vasto desierto comprendido entre el mar Rojo y el golfo Pérsico, é escepcion del Yemen, no se encontró poblado mas que por sectarios de la reforma. La Meca, esa ciudad santa que encierra la Kaaba ó casa de Dios, fué tomada, saqueada y profanados sus sepulcros. Bagdad, Kerbelan Imam-Hoceli, objeto de una peregrinación reverenciada de los persas fueron saqueadas, y el nombre de los wahhabitass llegó a infundir terror y espanto al islamismo.

Abd-el-Aziz fué asesinado en Derieh el 15 de noviembre de 1805, por un fanático persa, que queria vengar el sacrilego saqueo de Imam-Hoceli. Sououd, que casi siempre había mandado el ejército de su padre, le sucedió: se apoderó de Medina, hizo abrir el sepulcro del Profeta, se llevó las riquezas que contenía y las hizo vender.

Por consecuencia de estos actos de vandalismo y de depredación, la peregrinación de la Meca, la mas santa de las ceremonias del islamismo, fué interrumpida durante muchos años. En 1811, despues de la matanza de los mamelucos, Mohammed Ali, pacífico poseedor de su bajalato, se ocupó por fin de los preparativos de una expedición destinada a reconquistar los lugares santos. La lucha fué larga y obstinada, pero la tropas del baja, mejor disciplinadas, y provistas de artillería, concluyeron por triunfar. Durante la expedición de Mohammed Ali en 1814, Sououd murió de un cólico nefrítico, y dejó el gobierno a su hijo Abd-Allah.

Este principe carecía de los talentos necesarios para oponerse a los triunfos de un ejército organizado a la europea, y para mantener bajo su dominación las numerosas tribus que la doctrina del reformador y la necesidad de unidad habían agrupado en una causa común. Batido y acosado por las tropas egipcias, que le era fácil reducir, consintió en concluir un tratado de paz con Toussoun-baja; pero luego, abochornado por los cargos que le dirigian sus correligionarios; le rompió al mismo tiempo que Mohammed Ali, que había resuelto subyugar a toda costa, ó por lo menos pacificar la Arabia. Por su orden, Ibrahim-Baja, que había tomado el mando del ejército egipcio, prosiguió las hostilidades con tal rigor, que obligó a los wahhabitass a atrincherarse en su capital.

Abd-Allah no omitió nada para inflamar el valor de sus soldados, pero los gefes, cuya voluntad se había enagenado con sus exacciones, se vendieron a los egipcios, y aceleraron la ruina de sus correligionarios. Vencido en batalla decisiva, Abd-Allah se retiró a Derieh, a donde Ibrahim-Baja marchó al momento a sitiarse. Despues de una resistencia tenaz, el gefe de los wahhabitass, viéndose reducido a la última estrechura, se rendía a discreción, para salvar su familia: el prisionero fué conducido al Cairo, a donde llegó el 17 de noviembre de 1818. Habiale precedido la noticia de su derrota que fué celebrada con magníficos festejos, y el baja le recibió con esa aparente bondad peculiar de los turcos, que no garantiza las decisiones del día siguiente.

Abd-Allah partió para Constantinopla, acompañado de su iman y de su secretario, y la noticia de su llegada produjo, como en el Cairo, un júbilo universal entre los musulmanes. Al día siguiente el gran señor mandó fuesen conducidos a su presencia, los llenos de sarcasmos é invectivas, y luego ordenó que fuesen decapitados. Abd-Allah y sus compañeros de infortunio sufrieron la muerte con valor.

A pesar de las victorias de Ibrahim-Baja y de la muerte de Abd-Allah-Ibn-Sououd, los wahhabitass amenazan siempre al islamismo, y hace muy poco acaban de saquear la Meca y Medina.

Los wahhabitass, como los árabes de la parte central y meridional de la península, tienen la tez morena, la talla mediana, constitución seca y vigorosa, fisonomía hermosa, y ojos vivos y llenos de espresión.

Sus cabellos son crespos sin ser lanudos: una parte les cae formando trenzas, y la otra se la colocan en la parte superior de la cabeza; sus sentidos, que nada han embotado, tienen todo el poder de los de los pueblos salvajes: su vista es muy perspicaz, el olfato sutil y el oído muy delicado.

Se puede dividir a los wahhabitass en cuatro clases, a saber: los guerreros, los cultivadores, los artesanos y los nómadas ó pastores.

Las habitaciones de los nómadas se componen de tiendas muy mequitas, hechas con groseros tejidos de lana; las mugeres ocupan ordinariamente el centro, y están separadas de los hombres por una simple cortina, que las permite oírlo todo sin ser vistas. Camellos, caballos; cabras, carneros, todo lo que compone los ganados de esos nómadas, acampan alrededor de sus tiendas.

En general, los wahhabitass son en extremo frugales: se alimentan únicamente con dátiles, leche y pan, hecho muchas veces con harina de cebada si no la tienen de trigo; en sus comidas, muy rara vez se ve la carne de carnero, aves ni arroz; el pescado y las langostas figuran en ellas con mas frecuencia, segun esos árabes habitan en el desierto ó en las costas.

La fuerza de su temperamento y su sobriedad son admirables, especialmente en sus expediciones, en las que no suelen llevar mas que dos odres, uno con agua y otro con harina. Cuando los acosa el hambre, deslien un poco de aquella harina en el agua y se la tragan sin mas preparación, si no tienen tiempo ni medios para amasar unas bolitas que ponen a cocer en la ceniza ó rescoldo.

El traje de los wahhabitass es muy sencillo, y por decirlo así, el mismo que el de los árabes de toda la península. Se compone de una camisa de lienzo muy ancha que les cubre casi todo el cuerpo, encima de la cual se colocan una almilla ó casaca que les llega hasta media pierna, y que los pobres suelen poner sobre la piel; en fin, un *aba* de lana les sirve de capa por el día y de manta por la noche. En las expediciones en que no quieren ser conocidos se dejan caer una de las puntas del pañuelo sobre la cara, de modo que no dejan visible mas que la línea de los ojos; no usan otro calzado que unas sandalias mas ó menos ricas.

Las mugeres llevan con corta diferencia el mismo vestido que los hombres: la camisa, la almilla y la capa, solo varían en los adornos. Su pañuelo de la cabeza, mas ancho que el kouffich, les sirve para cubrir la garganta y una parte del rostro hasta la altura de las mejillas. El reformador las ha prohibido pintarse como las otras beduinass; pero se pueden dar en las manos un color anaranjado con *heuné*, y pintarse las pesta-

ñas con *keuhl*, usos que tanto en Arabia como en Egipto, parecen ser de la mas remota antigüedad.

El dogma fundamental de la creencia de los wahhabitas, consiste en rechazar todo otro culto que el del Criador: niegan á Mahoma la cualidad de profeta, y formulan de este modo su profesion de fé: «No hay mas Dios que Dios; es solo y no tiene compañero.» Sin embargo, han conservado la mayor parte de las practicas religiosas que están en uso entre los mahometanos: se circuncidan como ellos, rezan las mismas oraciones canónicas, hacen el mismo número de abluciones, ayunan el mes de Ramadan, y en fin, miran la peregrinacion de la Meca como una obra meritoria, y practican todas las ceremonias de ella.

Sus mezquitas, desprovistas de adornos, jamás tienen minaretes ni cúpulas: un imam hace allí, en las horas de la oracion, lectura de algunos pasajes del Coran, y cada uno cumple sus deberes religiosos sin pronunciar el nombre de Mahoma. Los wahhabitas se reservan para sí solos el título de musulmanes, y dan á los sectarios del Profeta el nombre de *Mouchrikin*, es decir, que dan un compañero á Dios: su intolerancia con respecto á los mahometanos, es mucho mayor que con los judíos y los cristianos. El respeto á la memoria de los imanes y de los walis es un sacrilegio á sus ojos, y así es que tienen por un deber el demoler todas las capillas que la devocion de los mahometanos ha construido á esos santos personajes.

Sus costumbres son tan sencillas como su culto: cada tribu ó familia reconoce por gefe al hombre mas considerado

y nombra generalmente para ese puesto al hijo primogénito ó al hermano del último *sayid* ó gefe. Los wahhabitas tienen todas las buenas cualidades y todos los defectos de los árabes: como ellos, son muy hospitalarios, las leyes de la sangre para el asesinato y la composicion, reinan en todo su primiti-

dos á cada lado de los hijares del caballo, los defienden de los golpes de lanza y de puñal. Aquellos ligeros escudos, hechos de ramas de palma y cubiertos de piel y de tela, dan al equipo de guerra de los gefes wahhabitas un aspecto muy pintoresco.

Cada *djema* ó tribu, tiene su portaestandarte, sus timbales, su heraldo y sus peones. En las marchas rápidas, estos criados siguen al ejército agarrándose á la cola de los camellos, por los cuales se hacen arrastrar. Los ginetes preludian la accion desafiándose y batiéndose cuerpo á cuerpo: el fuego de fusileria empuña desde lejos la batalla, y cuando se ha concluido la pólvora, vuelve á comenzar la pelea con arma blanca, y un encarnizamiento que las armas de fuego no dan jamás. En cuanto ya no es dudosa la derrota, la caballeria carga y persigue á los fugitivos, mientras que los infantes recogen el botín y curan los heridos.

En cuanto á las cualidades militares de los wahhabitas, debe hacer formar una idea de ellas, su frugalidad y su insensibilidad en las fatigas y en las privaciones. A estos sectarios, para someter toda la Arabia á sus leyes, no les falta mas que el reunir á sus cualidades físicas y morales, algunos conocimientos de la táctica y de la disciplina militar. Están todavía en los tiempos heroicos, y solo con los terribles recursos de los ejércitos organizados á la europea, el bajá

de Egipto, despues de una guerra de treinta años, ha podido conseguir vencerlos en su desierto, en donde tenían todo lo que puede asegurar la independencia, un baluarte natural, y el odio al extranjero.



Ginetes wahhabitas.

vo rigor, graves, altivos, enérgicos y groseros, su orgullo se advierte, tanto en sus procederes como en sus sentimientos.

Las tres grandes épocas de la vida, el nacimiento, el matrimonio y la muerte, pasan entre ellos sin ceremonia notable: los matrimonios se contraen sin pompa ni regocijos; el marido compra á la muger, como en todos los estados musulmanes. El *mahar* se paga en camellos y en dinero, y luego un *khatib* redacta el acta que sanciona esa union.

En cuanto á los entierros, al punto que el cadáver es colocado en el hoyo, el imam invita á los concurrentes á que digan su opinion sobre la conducta del difunto, y si ha marchado siempre por buen camino: cada uno emite su parecer, y el imam, como un gran sacerdote egipcio, reasume la sentencia de los hombres, en presencia, por decirlo así, de la sentencia de Dios; luego el fúnebre cortejo se retira con el mayor silencio.

Cuando las órdenes del emir nó los llaman á colocarse bajo sus banderas, los wahhabitas se ocupan en su comercio ó su industria; muy pocos se dedican á la profesion de la guerra, pero muchos á la rapiña. Sus diversiones consisten en espectáculos que les proporcionan titiriteros ambulantes, ó en las canciones de los *rawi*, que conservan en su memoria las tradiciones históricas del desierto, y esparcen sobre esa existencia monótona poesías é historias maravillosas.

En tiempo de guerra, los wahhabitas llevan atado á su cinturón de cuero un *djenieh*, especie de puñal corvo de que hacen mucho uso, y que ha llegado á ser en sus manos una arma terrible, que segun dicen arrojan á larga distancia. Llevan habitualmente á caballo una lanza muy larga, cuyo hierro está adornado con plumas de avestruz: cuando caminan llevan esa arma con la punta hacia arriba, pero cuando quieren atacar, ponen sus corceles al galope, blanden la lanza horizontalmente sobre su cabeza, y despues de una prolongada oscilacion la arrojan muy lejos, corren detrás de ellas, y siempre al galope la recogen si han errado el golpe.

Los wahhabitas combaten generalmente á pie ó montados en camellos: la sobriedad de estos animales, y la rapidez de su marcha, los hace preferibles á los caballos para las expediciones de mucha fatiga. Esos animales llevan una silla en que ordinariamente suelen montar dos hombres que se vuelven la espalda; cada uno va armado con un fusil de mecha, lanzas arrojadizas y su puñal. Cuando se trabá el combate, el segundo ginete hace frente al enemigo y tira, mientras el otro carga la armas y guia el animal si es necesario huir ó perseguir.

Su caballeria es poco numerosa, y jamás la esponen: no carga mas que al principio y al fin de la accion para empuñar el combate y dispersar al enemigo: los arreos de los caballos están adornados con plumas de avestruz y cuentas de vidrio y de coral: sus sillas no son mas que unos simples almohadones sujetos al caballo por medio de cinchas, no tienen gruperá, y los árabes tienen generalmente tal seguridad sobre esa especie de montura, que parecen clavados en el lomo de sus corceles.

Los emires y los gefes, llevan un casco, una cimitarra y una espada de dos filos, de fábrica indigena, y en el cinturón un rico puñal: dos grandes escudos de figura romboidea, ata-



Wahhabita de la tribu de Beni-Khaled



Trage de un gefe wahhabita.

Maravillas del arte y de la industria.

XIII.

LA SEDA.

Esta útil y bella materia, ya fué conocida de los antiguos; pero tenían acerca de su origen y su naturaleza, ideas tan

vagas como falsas. Las caravanas que volvían de la India, traían la seda á los pueblos de Europa, en los que era tan rara y tan estimada, que se pagaba á peso de oro. Se creía que la seda era un producto del reino vegetal, y nadie sospechaba que fuese la obra de un pequeño y sencillo insecto, el *bombix*, que se alimenta de preferencia con las hojas de la morera blanca, particularmente de la especie llamada *multicaulis* ó morera de la China. A principios del siglo VI, dos misioneros persas, que habían ido á predicar el Evangelio á la India, penetraron en la China y presenciaron la producción y la elaboración de la seda. Dueños de lo que hasta entonces había sido un secreto, se presentaron al regreso de su expedición al emperador Justiniano, y dándole parte de todo lo que habían visto y aprendido, se comprometieron á dar á conocer en Europa el modo de producir tan bella y útil materia, siempre y cuando que se les facilitase un segundo viaje á tan apartadas regiones. Fué acogida esta propuesta con el favor que era de esperar, y volvieron á la China; pero allí había para su proyecto el inconveniente hartograve, de que no solo estaba prohibido el sacar del imperio los medios de producir la seda, sino hasta el enseñar esta industria á los extranjeros. El celo con que los dos religiosos estaban resueltos á desempeñar su comision, les hizo poco á poco reunir los datos que

lada, etc. Conocidas son las hermosas y suaves telas que se hacen con la seda, como los rasos, tafetanes, gros y terciopelos; pero las medias de seda han tardado mucho tiempo en usarse. Antigüamente las piernas se cubrían con unas calzas de lienzo ó de paño como las mangas de los vestidos, y hasta fines del siglo XV no se descubrió el modo de fabricarlas de mallas de hilo formadas con largas agujas de hierro. El rey Enrique II de Francia, fué el primero que estrenó medias de punto de seda en el año de 1539, y con motivo del matrimonio de su hermana Margarita con el duque de Saboya. El telar para medias fué inventado en Francia hacia el año de 1600, pero en Inglaterra es donde luego después ha recibido su mayor perfección.

humedezca y taladre el capullo para salir, entonces todos los hilos se quebrantan, y la seda para nada sirve. Cada capullo está formado por un solo hilo que tiene hasta ochocientos pies de largo: hilo fuerte á pesar de ser tan sutil, pero que adquiere mayor fortaleza cuando se unen dos ó mas al tiempo de hilarlos. La seda sufre diversas preparaciones hasta llegar al estado de perfección en que ha de recibir los colores del tinte, y de aquí las denominaciones de seda cruda; floja hi-

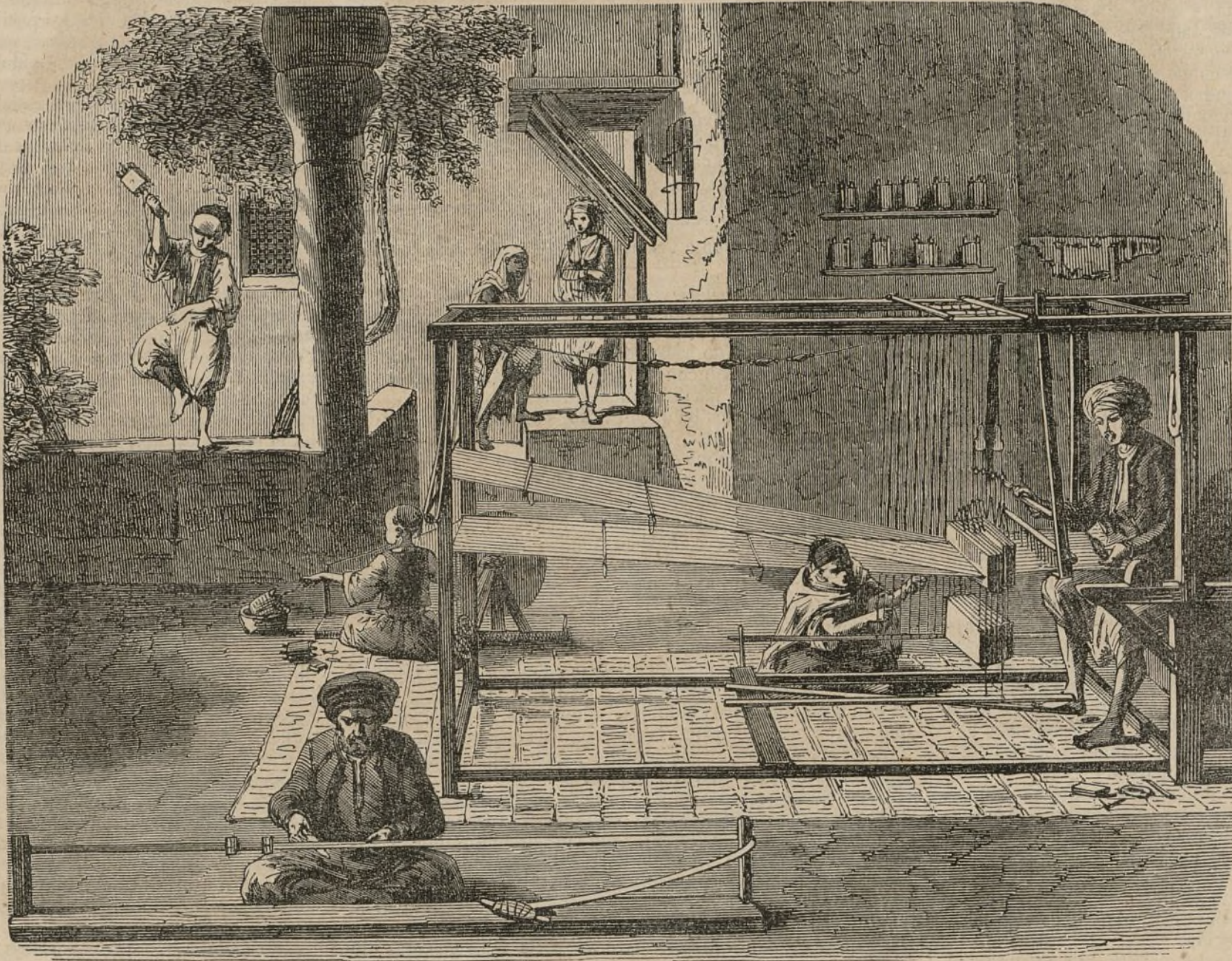
ro. El rey Enrique II de Francia, fué el primero que estrenó medias de punto de seda en el año de 1539, y con motivo del matrimonio de su hermana Margarita con el duque de Saboya. El telar para medias fué inventado en Francia hacia el año de 1600, pero en Inglaterra es donde luego después ha recibido su mayor perfección.

Las regiones del Mediodía son las mas favorables para la plantación y cultivo de las moreras, indispensables para la cría del gusano de la seda, que siempre se ha verificado en España é Italia. El suelo de Andalucía, Valencia y Cataluña, brinda á este cultivo en la península española, y aunque esta productiva industria de la seda no ha muerto en las dichas provincias, no es ni sombra de lo que fué antiguamente en España durante la dominación de los árabes, que establecieron un número prodigioso de telares. En las costas africanas parece que se ha reconcentrado hoy esta industria, como resulta de los siguientes datos que Mr. Hedde ha consignado en la ilustración francesa sobre la industria de la seda en la Argelia.

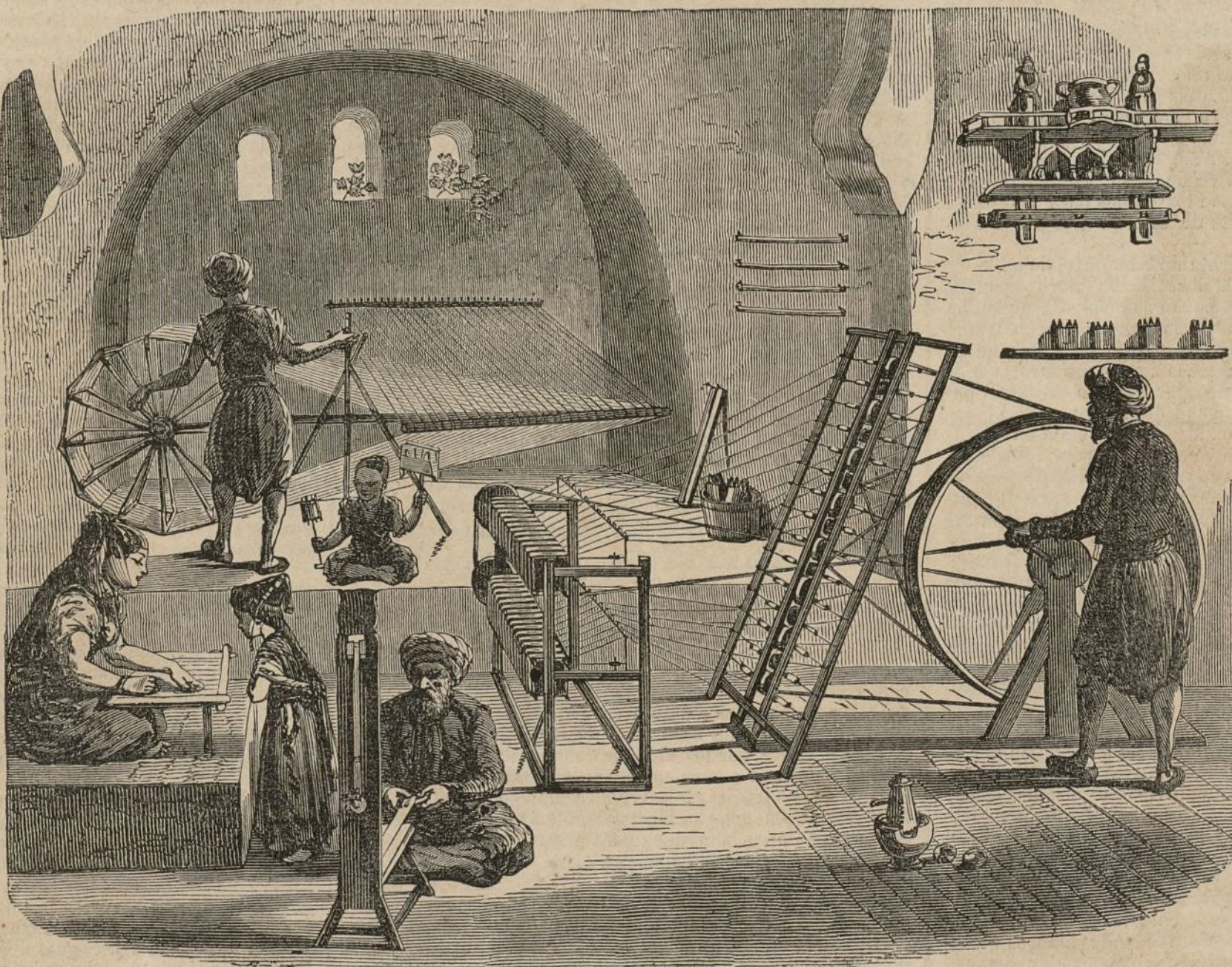
Nadie ignora que la Argelia fué en otro tiempo por sus cereales y producciones agrícolas, uno de los mas fecundos auxiliares de los mercados romanos; pero de todos los abundantes frutos del suelo argelino, ninguno presenta el mérito que la producción de la seda. Esta industria es la mas sencilla, la mas fácil, rica, útil y agradable que se puede ejercer. No excluye ninguno de los demas cultivos del terreno, y aun los ayuda. Esparce la abundancia, é introduce la moralidad en las masas, proporcionando ocupación y bienestar á todos los individuos de la familia, sin apartarlos de las otras faenas de la agricultura: exige mas atención y cuidado que trabajo, y en la Argelia, mejor que en ninguna otra parte, se adapta perfectamente al suelo y al clima.

Los trabajos peculiares de la industria de la seda, no eran conocidos en parte alguna del Africa Septentrional, en tiempo de las antiguas dominaciones fenicia, cartaginesa, romana y vándala, y aun en los primeros tiempos de nuestra era: todavía no se sabe con certeza, si en el siglo VII, época en que los árabes musulmanes orientales penetraron en el Norte del Africa, habían sido introducidos ya en ella la morera y los insectos productores de la seda: esa industria, que no puede desarrollarse sino en los pueblos tranquilos y prósperos, debió necesariamente ser muy limitada en Africa, por el estado continuo de agitación en que se hallaba el país.

Es, pues, necesario no buscar la introducción de la industria de la seda hasta la dominación de los moros en España, ó hasta su expulsión de este reino, hacia el siglo XVI. Sería igualmente difícil fijar con exactitud la época en que los habitantes de la antigua regencia fueron iniciados en los procedimientos de la industria de la seda: tan sencillos en su vestido como sóbrios en su alimento, los árabes y los kabilas no usaban mas que albornoces de lana, y el lujo de los tejidos finos solo había penetrado en las costas del Africa Septentrional, entre los moros, los judíos y los turcos que habitaban en las ciudades del litoral, en donde todavía se encuentran algunos vestigios de la antigua industria de la seda. Ni los libros, ni los escritores dan tampoco sobre esta materia noticias numerosas y exactas. Haedo, citado



Torcido de la seda.



Tegido de la seda.

cos que habitaban en las ciudades del litoral, en donde todavía se encuentran algunos vestigios de la antigua industria de la seda. Ni los libros, ni los escritores dan tampoco sobre esta materia noticias numerosas y exactas. Haedo, citado

por Gramaye, dice que á principios del siglo XVII, habia en Argel, seiscientos españoles de la provincia de Valencia, dedicados á la cria de gusanos de seda, y que otro número mucho mas considerable se ocupaba en la fabricacion. Si aquellos producian seda, es indudable que habria moreras, y que con ellas debia haberse producido seda anteriormente. El mismo historiador añade que habia tres mil tejedores, de los que doscientos se empleaban en la seda.

El doctor Shaw, que viajaba por el Africa Septentrional á principios del siglo XVIII, dice algunas palabras acerca de los tejidos y de las fábricas de seda, y habla de los telares de Tunez y de Argel, para terciopelos, tafetanes y otras telas.

Peyssonel, que visitó las regencias de Tunez y de Argel en 1784, encontró los numerosos plantíos de moreras hechos por las familias moriscas arrojadas de España.

Elabate Desfontaines hace igualmente mencion de las moreras, que segun su opinion, servian en Tunez para la cria de los gusanos de seda.

En fin, Mr. Viardot, en su *Historia de los árabes y de los moros*, recuerda que los árabes fabricaban unas telas compuestas de hilos de oro, plata, lana y seda, que llamaban *brocado*, y de las que tuvieron el monopolio durante mucho tiempo.

Pero las continuas guerras con las diversas naciones conquistadoras entre los moros y los bárbaros, el desacertado y ruinoso impuesto con que la raza turca gravó á las moreras, y los recientes destrozos de las expediciones de las tropas francesas al interior, han contribuido sucesivamente á que desaparezcan los principales vestigios de la industria de la seda. Sin embargo, todavía se encuentran en la Argelia algunas hermosas moreras negras y blancas, que hermean los collados, y cuya rica vegetacion sino escude, por lo menos iguala á la de las mejores moreras de Francia y España; y hace muy pocos años que los moros se ocupaban aun en la fabricacion de la seda, por un método muy imperfecto y que no ha pasado de la infancia.

Si los moros no producen ya en el día seda, la esportan de Francia y de otros países estrangeros, la dan diferentes preparaciones, y la hacen sufrir muchas trasformaciones.

El tinte, por ejemplo, le ejecutan regularmente operarios de Tunez, ciudad muy industriosa, que probablemente ha heredado procedimientos químicos empleados en otro tiempo en Tiro y Cartago; aunque marcados con el sello de la primitiva sencillez que caracteriza á los tintes de la India y de la China: esos métodos, dan todavía con frecuencia resultados superiores á los que pueden obtener por procedimientos modernos los tintoreros franceses.

Los trabajos de preparacion de la seda en Africa, pueden clasificarse en el día en dos categorías principales: la primera, casi esclusiva de los judíos, abraza las diferentes manipulaciones del torcido de la seda, y la segunda, en que principalmente se emplean los moros, comprende el tejido y las operaciones que tienen relacion con él.

De los dos grabados que acompañan, el primero representa lo interior de un telar de torcido.

En una de las cuevas ó sótanos que son tan comunes en Argel, un obrero pone en movimiento un molino con una rueda de manubrio, cuya construccion, aunque tosca, no carece, sin embargo, de exactitud, y hace un trabajo bastante regular: este aparato sirve en caso de necesidad para el torcido. Mas allá hay otro molino manejado por otro obrero judío, destinado principalmente al torcido de la seda para coser: cerca de las paredes del sótano se ve un plegador sobre el cual se estienda la seda despues de torcida, y por encima cuatro hileras de clavos largos, que sostienen otra porcion de hebras de seda dispuestas para secarse ó enjugarse: al lado se ve un rayo ó palo que sostiene unos dobladores de seda teñida, propia para bordar, y una alacena morisca con varios utensilios. En el primer término un moro viejo trenza un cordoncillo sobre un simple banquillo horizontal, á cuya estremidad hay una estaca vertical acanalada, de la que cuelga la pieza fabricada por medio de un peso: este telar tiene mucha semejanza con el que usan los chinos para las cintas. El suelo del sótano está cubierto de esterillas, segun la costumbre de los indígenas.

El segundo grabado representa un telar de tejido en lo interior de una casa morisca: á la derecha, un moro, ayudado por un muchacho, se ocupa en tejer un pañuelo: á la izquierda, otro niño prepara la trama, mientras que su joven compañero hace bóvinas ó canillas para devanar la seda. Por medio de estos aparatos, que salvo algunas imperfecciones, son de la misma especie que los nuestros, se fabrican en Argel pañuelos, cintas y bandas de seda con oro: delante, y á la izquierda, un moro puesto en cuclillas teje una cinta en un telar á que sirve de varal una barra de cobre muy reluciente.

Despues de haber hecho indagaciones, y de describir el estado actual de la fabricacion de la seda en la Argelia, monsieur Hedde habria mirado el trabajo que se habia impuesto como incompleto, sino hubiese indicado todo lo que ya se ha hecho, y lo que todavía falta que hacer al gobierno francés, para fomentar y propagar esa rica industria, en una colonia tan favorable para su acrecentamiento: reconoció, pues, y tomó nota del número y la importancia de los plantíos de moreras que actualmente existen, calculó sus productos, y ha dado, para el porvenir de la industria de la seda en Africa, consejos, á los que su experiencia en esa materia, debe añadir una fuerza tanto mayor, cuanto que se halla apoyada en autoridades incontestables.

El mariscal Bugeaud, que tanto se ha distinguido por su afición á la agricultura y su talento militar, fomentaba la produccion de la seda por cuantos medios le eran posibles. Habia manifestado mucho interés por el establecimiento de una fábrica en Hamma, cerca de Argel, y se apresuró á visitarla en cuanto estuvo en actividad. El encargado de la cria, poco cortésano ó demasiado ocupado, hizo muy poco caso de los cumplimientos y felicitaciones que le dirigieron, pero en cuanto los gusanos concluyeron su trabajo, se apresuró á presentar al mariscal una rama llena de magníficos capullos blancos y amarillos. «He aquí, exclamó el guerrero colonizador, he aquí cual debe ser en adelante la enseña de la civilizacion francesa en la Argelia: he ahí el signo precursor de la prosperidad de nuestra hermosa colonia, siempre que la poblacion sea honrada y laboriosa. Voy á enviar á Francia esta magnífica muestra de nuestra naciente industria africana, que hará concebir á la metrópoli una idea exacta de lo que la Argelia se halla en disposicion de suministrarla en compensacion de sus

anticipaciones. La Argelia será algun día el orgullo de la Francia, como fué en otro tiempo la riqueza de Cartago y de Roma.»

Un administrador no menos ilustrado, Mr. Lautour-Mezeraï, prefecto de Argel, ha proseguido alentando la produccion de la seda. Este magistrado tuvo la feliz idea de hacer llevar, en 1850, las sedas crudas de la Argelia, al mercado de Lyon, en donde rivalizaron con las mejores sedas del Mediodía. Hizo mas: les mandó convertir en tejidos finos y variados, y esos productos, fabricados en Lyon, han sido, merced á los afanes de Mr. Bouvy, delegado del ministro de la Guerra, presentados en Londres, en la esposicion de la industria de todas las naciones.

A los ventajosos resultados obtenidos en la fabricacion de la seda y de que se han presentado brillantes muestras en la última esposicion universal de la industria, hay que agregar ya dos nuevos descubrimientos, que están en el día llamando la atencion del mundo científico y reducidos tanto á producir seda de varios colores, sin necesidad de acudir al tinte, como á buscar alimento á los gusanos fuera de las hojas de moreras que es el habitual y reconocido hasta ahora. De ambos descubrimientos dan cuenta los periódicos científicos en los términos siguientes:

Se ha recibido en París una caja que ha mandado de Nueva Orleans Mr. Barthe, con huevos de dos nuevas especies de gusanos de seda. Estos preciosos insectos son indígenas de la Luisiana, y han sido recogidos en los bosques de Nueva Orleans: se alimentan con las hojas de los árboles mas comunes, entre otras, las del sauce ordinario.

El señor Barthe los ha encontrado sobre los nogales, los durazmeros, las adelfas, etc. Una de las dos variedades produce una seda cruda muy fuerte, y da solo una cosecha al año; mas de la otra se saca una seda blanca menos fuerte que la anterior, y que se da en la Luisiana cuatro veces al año. Los capullos se devanan por procedimientos ordinarios. Al mismo tiempo se han recibido en Génova huevos de un gusano de seda de las Indias Orientales, conocido en la ciencia por el nombre de *bombyx cinthia*, que, mas sóbrio que el nuestro, no se alimenta de las hojas de la morera, sino de las del ricino ó *palma Christi* (vulgar *tartago*) y produce una seda bellísima.

Estos descubrimientos nos inducen á creer que si se aclimatan estas nuevas especies de gusanos, vendrá á ser la seda con el tiempo un artículo muy abundante, lo cual, al paso que aumentará el consumo favoreciendo la fabricacion, redundará en beneficio del consumidor, que experimentará una baja notable en el valor del género.

Otro de los experimentos que sigue llamando la atencion de la industria y de la ciencia, es el de producir seda con el color primitivo que se quiera, segun los alimentos que se administran al gusano. El hecho que ha servido de base á los ensayos practicados hasta ahora, es el de que, administrándose en la comida de los animales ciertas materias coloreadas, sus huevos adquirirían el color de estas. Mr. Rowing se apoderó de este descubrimiento para aplicarlo á los gusanos de seda al tiempo de comenzar á picar las hojas.

Su primer ensayo lo hizo mezclando un poco de añil con hojas de morera, y el resultado fué que los gusanos dieron seda azul. Animado con este descubrimiento, quiso producir seda encarnada por el mismo método: mas le fué imposible durante algun tiempo descubrir materia alguna de color rojo que pudiese ser administrada á los gusanos sin dañarlos. Al fin ha aplicado la *bigonia chica*, y ha producido seda encarnada. Parece, pues, establecido el principio de una manera indudable, y ahora solo se ocupa el experimentador en descubrir las materias de distintos colores que puedan alimentar á los gusanos sin matarlos. De este modo se podrá obtener la seda del color primitivo que se quiera.

En los momentos de escribir este artículo, la cosecha de la seda en España ya está terminada y los laboriosos cosecheros, que aun se dedican en las provincias meridionales á este ramo de industria, tienen ya depositado en sus arcas el rico filamento, que tantos desvelos les ha costado producir. En general la cosecha ha sido mas que mediana, la seda se sostiene á un precio regular, y solo ha flaqueado la cosecha en aquellos puntos en que, durante la época critica de las crias, sobrevino vario y tempestuoso temporal, cuyo perjudicial influjo, se ha dejado sentir en el tamaño y calidad del capullo, cosas de que depende el producto mayor ó menor de la filatura. De todos modos, los productos que se obtienen, bastan para probar que la industria de la seda puede librar de la miseria á un gran número de familias, que nuestro pais y clima benigno, son los mas favorables para el cultivo de la morera y cria del gusano, y que cuando á pesar de las desgracias y turbulencias del pais, no ha succumbido este ramo de industria, es seguro que con un poco de calma y de constancia, volvería á su antiguo esplendor y prosperidad.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

Estrella matutina.

De todas las naciones europeas que han tomado parte en el descubrimiento y exploracion del Nuevo-Mundo, los franceses son los que han dejado recuerdos menos desagradables. Mientras que los españoles acudían á la América, guiados únicamente por los intereses materiales, los franceses solo se proponían acumular en ella riquezas intelectuales, ó esparcir los beneficios de la civilizacion: unos formaban colecciones de plantas y animales raros, otros estudiaban las costumbres de los habitantes y las maravillas de la naturaleza, y algunos, en fin, introducían entre los salvajes el conocimiento de la fe evangélica. Así es, que cuando los demas europeos encontraban continuamente resistencia y obstáculos insuperables, los franceses eran apreciados y respetados, encontraban una mesa amiga y un techo hospitalario, y penetraban impunemente en lo interior del pais, y hasta en medio de las tribus mas temibles y temidas.

Entre los primeros franceses que visitaron el interior de la América, uno de los mas conocidos es Pedro Blondeau, que despues de haber ejercido el oficio de barbero en una de las mejores tiendas de París, comenzó á correr el mundo con un religioso dominico llamado el padre Francisco, que le admitió en clase de criado y compañero de viaje. El famoso prover-

bio que dice: A tal amo tal criado, no tenia aplicación en este caso, porque jamás se vió pareja mas desigual: el buen fraile era, sirviéndonos de una espresion que está en moda, *un hombre cabal*, en toda la estension de la palabra, y Pedro era lo que se llama vulgarmente *un pobre diablo*. El amo era serio, austero y grave: el criado vivo, atolondrado, charlatan como una cotorra, alegre como un pajarillo, y siempre estaba cantando, bailando, bebiendo y tocando la flauta: el amo deploraba la depravacion del siglo, y sufría profundamente con la perversidad del corazón humano: el criado creía que la tierra es el mejor de los mundos posibles, y que era preciso gozar de cuanto ofrecía: amaba á todos los hombres, pero particularmente á los que le convidaban á beber, y adoraba á todas las mugeres, mas con especialidad á Anita, con quien debia casarse en cuanto regresase á su hermosa Francia. El amo y el criado se asemejaban sin embargo, en que ambos procuraban corregir los defectos de su prójimo: solo que el buen fraile corregía los del corazón, y el criado enmendaba los del peinado: el primero libraba á las almas de sus vicios, y el segundo desembarazaba las megillas de una vegetacion importuna y supérflua. El padre Francisco quería á Pedro, porque en el fondo reconocía en él un buen natural; y Pedro amaba al padre Francisco porque veía en él al mejor y mas indulgente de los amos y de los confesores.

De cuando en cuando tenían algunas pequeñas disensiones, porque Pedro quería tener siempre razon: el padre Francisco le escuchaba con imperturbable sangre fría, y cuando Pedro volvía en sí y reconocía su error, el buen religioso no le rehusaba nunca su perdon, que Pedro recibía derramando abundantes lagrimas; pero al día siguiente se repetía la misma escena, para concluir con igual reconciliación.

Estos dos seres tan diferentes partieron juntos para América, y desembarcaron en Nueva-Orleans, para dirigirse al pais de los illineses, en donde todavía habian penetrado muy pocos europeos. El sacerdote se encaminaba allí impulsado por un ardiente deseo de predicar el Evangelio á los salvajes, convertirlos, y hacer que desapareciesen los sacrificios humanos: el criado ansiaba ver los cisnes con cabezas de toro, los lobos blancos y las jóvenes de tez encarnada. Pedro habia rasurado en Francia mas de una megilla ennegrecida y curtida por el sol de la Luisiana: habia tenido entre el índice y el pulgar mas de una nariz que habia aspirado los perfumes de las praderas de la Florida, esa tierra de las flores, y le habian referido cosas prodigiosas acerca de ella: poseía minas de oro, en las que se encontraba este metal en barras de treinta á cuarenta libras: y habia tambien lagos cuyas aguas tenían la extraordinaria virtud de rejuvenecer á los que se bañaban en ellas. Todo eso le parecía perfectamente creíble, pero no podia concebir que las muchachas fuesen encarnadas en un pais en donde los lobos eran blancos, ni que los buyes tuviesen barbas (1) cuando las hombres carecían de ellas. El ejemplo de tantos aventureros famosos que habian llegado á ser principes ó gobernadores incitaba su emulacion y su ambicion.

No dudaba que llegaria á descubrir alguna region desconocida, y se miraba ya como un nuevo Colon, agregando á la corona de Francia muchos millones de subditos: veíase colmado de títulos y honores: el rey le creaba duque y par, y el primer ministro le ofrecía su hija: pero renunciaba tan brillante partido por permanecer fiel á su Anita; su querida no tenia bienes, era cierto, pero eso que importaba? ¿No era él rico como Crespo? Enriquecerá á Anita, la cubrirá de perlas y de joyas y la hará igual á las mayores señoras, y completamente digna de él. Así razonaba Pedro, y nada en el mundo hubiera podido destruir sus risueñas ilusiones. Pero hasta tanto que llegaba á ser uno de los primeros señores de Francia, continuaba manejando las navajas, afeitaba todas las semanas á la tripulacion del buque que le trasportaba á América, y cuando el mar estaba en calma, tocaba la flauta para que bailasen los marineros.

Héle ya en la capital de la Luisiana, umbral de su paraíso terrestre: pero desgraciadamente las alegrías de ese paraíso se hallan mezcladas con algunas espinas: el suelo de ese Eden se halla cubierto de serpientes de cascabel, oscurecen el aire los cinífes, y la fiebre amarilla, arrebató á un hombre en veinte y cuatro horas sin que nadie lo sienta. Todo esto desconcertó un poco á nuestro entusiasta barbero, pero no entibió en lo mas mínimo su fé en sus altos destinos futuros.

Desde los primeros dias de su llegada á Nueva-Orleans, el padre Francisco se habia puesto de acuerdo con unos cazadores y comerciantes de pieles, que debían subir en un barco por la corriente del Mississippi hasta el pais de los illineses. La expedicion partió en el rigor del verano, y el viaje, aunque largo, fué agradable: todas las noches amarraban la barca á los árboles de la orilla, levantaban tiendas y encendían hogueras, y se alimentaban con la caza que mataban á dos pasos de distancia en aquellos bosques vírgenes. Los indios, asombrados del color de los europeos, y amedrentados de sus armas, los tenían por seres sobrehumanos, y los dirigían votos como á dioses: ó bien los consideraban como demonios y huían al acercarse con muestras del mas profundo terror.

La naturaleza de América desplegaba toda su magnificencia en derredor de nuestros aventureros: el río, de cauce muy hondo, y tan transparente como el cristal, corría por debajo de ellos con un movimiento lento y casi imperceptible, que no oponía ninguna dificultad seria á la navegacion: los innumerables árboles que guarnecían sus orillas, esparcían sobre la barca una fresca sombra, que la preservaba de los rayos abrasadores del sol: el cisne nadaba pacíficamente por el azulado espejo que reflejaba la blancura de sus alas; el hablador papagayo, el cardenal de color de escarlata, y el pájaro burlon revoloteaban de rama en rama, y parecían cantar la bienvenida á los estrangeros que visitaban sus mansiones favoritas. Mil árboles frutales rozaban con sus ramas cargadas de tesoros la superficie de las aguas, y la vid silvestre, abrumada con el peso de sus racimos deliciosos, los ofrecía por sí misma á la codicia de los viajeros. Gamos y ciervos con cuernos elegantes, confundían sus enramadas cabezas con las ramas de los bosques, y los bisontes acudían á beber á la arenosa playa: por último, bandadas numerosas de aves acuáticas cubrían las orillas ó hendían velozmente el espacio.

(1) Los bisontes.

Cuando llegaron al país de los illineses entraron en una aldea en donde fueron recibidos con muestras de la mas cordial hospitalidad. El sachem, rodeado de sus consejeros y guerreros pintados con colores brillantes, y con plumas en la cabeza en señal de paz, les salió al encuentro y les ofreció mesa y alojamiento en su palacio, que era una gran cabaña construida con barro y cañas. Sirvieronles una comida compuesta de lomo de búfalo, cabezas de alcornoque o danta, colas de castor, y perritos asados y rociados con grasa de oso. El padre Francisco, que era tan sensible a los placeres de la mesa como a los de la beneficencia, no dejó de honrar aquel espléndido banquete: mas para no perder la costumbre de predicar, dirigió a sus huéspedes, al mismo tiempo que se engullia sus manjares, un sermón contra la intemperancia; después de lo cual procuró hacer comprender al rey y a su corte, que para que las carnes estén esquisitas, es preciso sazonalas con pimienta, sal y otros ingredientes preciosos, cuyo uso ignoraban aquellos pueblos primitivos. Pedro alabó mucho la comida, a escepcion de los perritos, porque no podía comprender se comiese un animal, que por su inteligencia, tanto se aproxima al hombre: a sus ojos, la cynofagia casi era una antropofagia: hubiera preferido un lechoncillo o un conejo, y en su consecuencia, se apresuró a recomendar aquellos dos animales al cocinero de la corte.

Después de la comida, los salvajes ofrecieron a los dos franceses diferentes regalos, entre ellos, plumas de guacamayo y de garza, pieles de marta y zorra, pellejos de serpientes, escamas de crocodilo, y una docena de muchachas de quince a diez y ocho años. El buen religioso aceptó los crocodilos y las serpientes, y rehusó las jóvenes: Pedro habría hecho todo lo contrario si se hubiese atrevido, pero una mirada de su amo le recordó su deber.

—Al menos dos, dijo Pedro: yo me contento con dos.

—Ni una, dijo el inexorable eclesiástico concluyendo de roer una cola de castor.

—Es por curiosidad, respondió Pedro: las enseñaré en París como una rareza.

—Si tal es tu deseo, replicó el fraile, toma un papagayo, un búfalo, una serpiente de cascabel o cualquiera otro animal que gustes: eso te lo permitiré, pero las muchachas, no.

Cuando el digno padre Francisco concluyó sus exhortaciones y su comida, le condujeron a una habitación en donde se tendió sobre unas pieles de bisonte para dormir la siesta. Mientras dormían, unas jóvenes le abanicaban con plumas de cisne, y ahuyentaban de su rostro los mosquitos con colas de ardilla.

Luego que el misionero creyó haberse grangeado suficientemente el aprecio del rey y de la nación, trató de darles a conocer el objeto de su viaje, e ilustrarles sobre las ventajas de la civilización: les hizo ver la luna con un telescopio, y les explicó el uso del reloj y de la brújula. Los illineses tomaron aquellos instrumentos por animales sabios o manitas, y llevaron provisiones para alimentar aquellas bestias curiosas desconocidas en su país. Las lecciones de astronomía les divertían mucho: pero mientras que el buen padre les enseñaba el curso de los astros, aquellas gentes honradas le vaciaban los bolsillos con tanta destreza como hubieran podido hacerlos los *pickpockets* de Londres... Seguramente, decía Pedro, este pueblo no se halla tan atrasado como suponen: ya casi está civilizado.

Al día siguiente por la mañana, Pedro fué a ofrecer los socorros de su arte a los jóvenes de la ciudad que se estaban componiendo y adornando en el bosque, a orillas de un arroyuelo: su adorno consistía en pintarse el cuerpo de diferentes maneras, y en colocarse en la cabeza varias plumas. Pedro peinó al hijo del rey con un gusto que maravilló a todos, y luego le pintó con una riqueza de colorido, que hasta entonces no se había visto semejante: le pintó, le afeitó, le peinó y dejó que contemplasen o examinasen el tiempo que quisiesen, sus navajas, peines, espejo y demas utensilios. Desde entonces miraron a Pedro como un gran sachem, y sino le colocaron de hecho en el mismo rango que al padre Francisco, dijeron para sí, que por lo menos era su profeta: la fama de su talento y habilidad llegó a oídos del rey, y aquel príncipe quiso ver los instrumentos de Pedro: lo que mas le llamó la atención fué el espejo. Su hija, que se llamaba Estrella Matutina, se quedó estupefacta, y no pudiéndose contener, se postó de rodillas ante el poderoso mortal que poseía semejante talisman. El rey de los illineses se complacía tanto en mirarse en aquel vidrio plateado, que hizo entender a Pedro le daría a su hija en cambio del espejo.

—¡Viejo fatuo!... dijo Pedro.

Este no se decidió en seguida aunque le gustaba la oferta; no la conceptuaba superior a él; veía con satisfacción que el rey de los illineses había sabido apreciar su mérito, pero no podía olvidar a su querida Anita... ¿Qué la sucederá, decía, si llega a saber que me caso? morirá de dolor y será mi décima o duodécima víctima. Uf... mi conciencia me remuerde ya bastante...

Haciendo estas reflexiones se acostó y se quedó dormido: la noche es buena consejera. Cuando se despertó había variado de opinion: había pensado que al cabo Anita no era mas que una pobre, y que podía casarse con la hija de un rey: que tal vez no volvería a Francia: que en ese caso sería preciso que renunciase a Anita, y que si volvía, un matrimonio salvaje no era válido al otro lado del Atlántico. Además, cuando fuese yerno de un rey, podría hacer que Anita viniese a América, colmarla de riquezas, y casarla con uno de sus oficiales.

Otras razones le decidían además a aceptar la mano de la princesa: con ese matrimonio abría las regiones centrales de la América a los europeos, y en particular a sus compatriotas: ponía a su disposición los tesoros de aquellas comarcas, las minas del Dorado, los lobos blancos, los cisnes con cabeza de toro: en fin, podía ayudar eficazmente al padre Francisco a llevar a cabo su obra de conversion, y abolir entre los americanos la costumbre de andar desnudos y de comer perros. Veía ya a los illineses vestidos a la francesa, con zapatos de hebilla, calzon de seda, justillos de terciopelo, y pelucas con polvos. ¡Qué triunfo para la filosofía y para las luces!

Pero antes de hacer nada quiso consultarlo con su amo. El padre Francisco se escandalizó con la idea de semejante matrimonio: declaró a Pedro que no conocía pecado mas enorme que el casarse con una pagana, y le negó formalmente su consentimiento. Pedro se pasó sin él, y al día siguiente tuvo

lugar el matrimonio: la ceremonia nupcial fué corta y sencilla: el rey entregó su hija en manos del extranjero, después de lo cual todos los grandes de la corte le dieron un golpecito en la punta de la nariz. Concluida la ceremonia, Pedro hizo entender a su compañera que deseaba irse a pasear con ella por el bosque, y la rogó que le condujese hacia una mina de oro, porque estaba impaciente por ver alguna.

La joven hizo una señal de consentimiento, y tomó el camino del bosque cantando y riendo. Pedro, como caballero galante, la ofreció el brazo, pero la linda princesa comenzó a correr ligera cual el viento por entre las zarzas y los troncos de árboles caídos, saltando siempre, riendo y dejando ondear sus largos cabellos. El enamorado barbero la seguía como podía, admirando desde lejos su candorosa gracia, su ligereza de cabra montés y su alegría inagotable. Pedro era vigoroso y avisado como un mozo de veinte y dos años, y durante algun tiempo casi rivalizó en rapidez con su esposa de pies de gacela. Pero poco acostumbrado a aquella clase de ejercicio, y tropezando a cada paso en las piedras y en los troncos de los árboles, no tardó en cansarse. Cuando su mujer le veía parado alojaba la carrera, le enseñaba el mejor camino, pero sin acercarse a él, y cuantas veces quería aprovecharse de semejante ocasion para agarrarla, partía como una flecha mirándole por encima del hombro, riéndose a carcajadas e instándole para que anduviese mas listo. El barbero comenzaba a encontrar la chanza muy poco de su agrado, corría el sudor por la frente, maldecía su ambicion, y sentía haber perdido su espejo. Iba a dejar plantada a la hermosa y volverse como pudiese a la capital de su reino, cuando vió de repente aclararse la espesura de la selva, y presentarse una llanura sin límites. Pedro no había visto todavía mas que las orillas de las sabanas al subir por el Missisipi, y por la primera vez se desplegaba ante su vista una pradera americana con toda su asombrosa inmensidad. Ni un árbol, ni un peñasco interrumpía la monotonía de aquel océano de verdor: por todas partes no había mas que yerba de seis a siete pies de altura, que ondulaba a merced del viento como un mar agitado. En aquel momento, el sol, en el término de su carrera, rasaba el horizonte de la pradera, en donde desaparecía poco a poco. Pedro pensó que aquella pradera, agostada por los calores del estío, formaba los límites de la tierra habitable, y creyó que había llegado al cabo del mundo; afortunadamente, dijo, he venido con un guía, si no estaba perdido.

Mientras soñaba de ese modo, descubrió a lo lejos en el horizonte columnas de humo muy denso, que parecían venir de un lado. Señaló aquel fenómeno a su esposa, que se había sentado sobre la yerba a algunos pasos de él, y la preguntó qué significaba aquello; pero no sabía bastante el illinés para comprender la respuesta que le dió la joven, y tuvo que quedarse con la incertidumbre. Como repetía las preguntas, y su turbación crecía en la misma proporción que el volumen del humo, la hermosa princesa se levantó y tomó la direccion del Oeste. Anduvieron mas de una hora: Pedro se puso serio y cesó de hablar: su compañera pareció conformarse con su pensamiento, y se puso pensativa a su vez. La había agarrado de la mano y no le opuso resistencia: caminaban uno al lado del otro por el inmenso desierto, ella con los ojos bajos y resignados, y él mirando con un ojo a su linda esposa, y con el otro el extraño espectáculo que despertaba sus sospechas, y cuya causa ignoraba. Se había puesto el sol, cesado la brisa, y reinaba en la pradera una calma sepulcral. Pedro estaba dominado por las mas penosas sensaciones, y aunque naturalmente intrépido, experimentaba un secreto terror: hubiera querido volverse atrás, pero lo juzgaba imposible. El incendio que veía brillar en el horizonte le parecía el fuego del infierno, pronto a devorarlo: su princesa era un demonio enviado para alucinarle y castigarle por su desobediencia a los consejos de su amo. Las tinieblas de la noche se iban haciendo cada vez mas densas: habían subido una de esas eminencias a donde se llega por una pendiente tan insensible que no se percibe su existencia hasta que se ha llegado a la cima, y desde donde se descubre un horizonte sin límites. El velo de la noche no ocultaba ningun objeto, pero los confundía todos: la vista no distinguía ya ninguna de las ondulaciones de la llanura; Pedro tenía delante de sí un espectáculo sin igual: la sábana brillaba a lo lejos con un resplandor sobrenatural, mientras que en el primer término estaba cubierta de una oscuridad profunda. Un estremecimiento y frío glacial circuló por las venas del pobre barbero; miró a su compañera y vió con indignacion una sonrisa sardónica en sus labios. Sin embargo, el fuego se hacia cada vez mas intenso y el humo mas denso y negro: de trecho en trecho aparecían grandes llamaradas que se multiplicaban sin cesar, y concluyeron por formar una vasta hoguera que ocupaba la mitad del horizonte: entonces se lanzaron con la rapidez de un torrente que nada contiene.

Pedro jamás había oído hablar de los incendios que devastan las praderas de la América durante el otoño, y no tenía bastantes conocimientos para atribuir aquel fenómeno a una causa natural.

El océano de fuego continuaba avanzando: llamas azules, rojas y amarillentas serpenteaban por el suelo o formaban remolinos, que se elevaban por el aire en forma espiral de columnas y de cohetes. Un ruido oír, un chisporroteo y un chasquido espantosos se dejaban oír por toda la estension de la llanura, y se hubiera dicho que la tierra era conmovida y desgarrada en sus entrañas por la erupcion de algun volcan.

Pedro creyó ver el infierno abierto delante de sí: distinguía entre las llamas demonios, espectros, crocodilos, boas gigantes, danzando en rueda infernal, y abriendo sus enormes bocas para tragarle. Uno de aquellos seres fantásticos pareció arrojarle sobre él estendiendo sus largos brazos, y haciendo vibrar su triple lengua de fuego. Pedro creyó reconocer a Anita, cuya imagen amenazadora iba a castigar su perjurio: lanzó un grito terrible, se bajó de la colina y comenzó a correr con la ligereza de una antilope. El miedo había devuelto la agilidad a sus piernas, y sin embargo, tan vehementes eran sus deseos de huir de aquel sitio, que le parecía tener plomo en los pies.

La joven india dió algunas palmadas y le siguió riéndose a carcajadas: aquella risa que le había complacido por la mañana cuando entraron en el bosque, le producía entonces el efecto de una burla amarga. Corría como si tuviese alas, y la joven apenas podía alcanzarle: saltaba como un cervatillo

por las peñas y los troncos de los árboles, atravesaba los matorrales como una cabra montés, las espinas de las zarzas se le introducían en las carnes, los guijarros despedazaban sus zapatos y le hacían resbalar, y no por eso detenía su carrera. En fin, llegó a la capital de su imperio sin aliento, magullado, y cubierto de sudor y de sangre, se entró precipitadamente en la primera cabaña que encontró abierta, se tendió en el suelo y se quedó dormido.

La joven india permaneció a su lado toda la noche: deslizo suavemente por debajo de su cabeza una almohada de pluma, le cubrió con una manta formada de pieles, y apartó de su frente los insectos dañinos: en una palabra, tuvo con su marido todos los cuidados y atenciones de una esposa tierna y afectuosa.

Cuando Pedro despertó ya no se sentía fatigado, pero su terror duraba todavía: se levantó como un furioso, y sustrayéndose de los brazos de la princesa, corrió a la ribera para ver si había algun medio de salir de aquel país maldito. Sus compañeros, irritados con su matrimonio, y alarmados por su repentina desaparicion, dejaron la playa y acababan de embarcarse en sus lanchas que bogaban ya a toda vela, cuando el barbero se presentó en la orilla del río. Gritó que fuesen a recogerle, mas como no le oían se arrojó a nado, alcanzó una de las barcas, y subió a ella con muestras del mas profundo pesar. Refirió a sus compañeros que había visto el infierno, el lago de fuego, los condenados, a Satanás, Anita, el padre Francisco, y que había escapado de la muerte por un milagro. Los viajeros sospecharon una traicion por parte de los illineses, y se conceptuaron dichosos con poderse alejar sin obstáculos.

El desgraciado barbero tuvo que estar en cama todo el tiempo que duró el viaje del Missisipi: le había acometido una fiebre violenta que no le abandonó hasta que entró en el Océano y subió a bordo de un buque que hacia vela para la Francia. Entonces recobró sus sentidos y su jovialidad, pero había perdido sus ilusiones, y ya no creía en las minas de oro ni en nada: ya no pensaba en llegar a ser marqués o rey: estaba harto de grandeza, y cuando le hablaban de sus proyectos antiguos se ponía triste y taciturno. Había vuelto a cobrar afición a su oficio de barbero que tanto despreciaba en otro tiempo, y en vez de elevar sus miras a la hija del primer ministro, se contentaba con tener por esposa a la modesta costurera Anita.

Pero esta ya no podía ser suya: cansada de esperar en vano a su voluble amante, Anita había entregado su corazón y su mano a un discípulo de Vatel, y habían puesto una pastelería que estaba ya muy acreditada, merced a la buena calidad de las empanadas, y a la gentileza de la dueña del establecimiento. Pedro oyó esta desagradable nueva con la fortaleza de un hombre preparado para la desgracia, y cuyo corazón se ha endurecido con los golpes de la fortuna. Preferir a un marmiton! exclamó: ¡qué necias son las mujeres! al menos yo no la había sacrificado mas que por una princesa! Calificó la infidelidad de Anita como merecía, y luego fué a comer pastelillos a su tienda.

Pero su viaje a América le fué muy provechoso: todos quisieron ser afeitados por un barbero viajero y yerno de un sachem: la narracion de sus aventuras complacía en extremo a los parroquianos, a quienes no omitía describir los horrores del lago de fuego, que desde entonces fué añadido al largo catálogo de las maravillas naturales del Nuevo Mundo.

Estrella Matutina siguió a su marido hasta la orilla del río, y le vió partir con sentimiento: siguió con los ojos las lanchas de los europeos hasta que las perdió de vista, y cuando desaparecieron detrás de los recodos que formaba la ribera, se sentó sobre la yerba y ocultó su rostro entre las manos. Sus compañeras respetaron su dolor, la dejaron sola, y entonces comenzó a llorar su ignominia y su abandono: había sido engañada a la faz de toda la tribu, y su esposo la había dejado con horror y disgusto. No sabía a que atribuir la fuga del extranjero: en vano procuraba examinar su conducta para con él; no descubría en ella nada que pudiese justificar semejante perfidia: le había amado y todavía le amaba: había aparentemente corresponderla, y la abandonaba ofendida en su honor, en su dignidad, y en sus mas caras afecciones, la hermosa salvaje no pudo soportar la vista de sus amigas y de sus parientes. Transportada moribunda al palacio de su padre, vivió todavía algunos meses en la soledad, el luto y la desolacion, y bien pronto el césped cubrió el cuerpo de la interesante y linda amante de Pedro: la especie de otero que guarda sus restos, se llama aun, *Otero de Estrella Matutina*.

El día 7 y 8 del presente han tenido lugar en la iglesia San Antonio de los Portugueses, las solemnes funciones religiosas que todos los años se celebran a la Inmaculada Concepcion. La música que ha tomado parte este año en dichas funciones, ha contribuido a hacerlas mas suntuosas, pues ha sido toda composicion nueva y tiene trozos bellísimos; sobre todo la parte de canto ejecutado por las señoritas colegiales. El día 8 concluida la funcion por la mañana, se abrieron las puertas del colegio para dar entrada a las familias y conocimientos de las educandas. Una lucida concurrencia llenó bien pronto los salones, y cuantas personas se hallaban allí presentes, no podían menos de manifestar su agrado al ver la elegancia y sencillez con que todo estaba dispuesto. En uno de los salones mas espaciosos se hallaban espuestos los trabajos de las educandas, consistiendo estos en labores de todas clases, dibujos y planas de escritura. De todos los adornos llamaron muy particularmente la atención los primorosos bordados, entre los cuales había muchos de bastante mérito, presentados por las señoritas Munilla, Zengotita, Lopez, Armendariz, Servet, Bower y otras que no mencionamos porque nos haríamos interminables. A las dos se retiraron todas las personas que habían visitado el colegio, quedando sumamente satisfechas del brillante estado en que hoy se encuentra, y del finotraty amabilidad de las señoras directoras y de las atenciones y modestia de las señoritas educandas. Damos nuestro parabien a la benéfica asociacion del Refugio que sostiene y dirige con tanto celo el espresado establecimiento, y felicitamos sinceramente a las señoritas que en él reciben su educacion, por la aplicacion y buenas cualidades que hoy admiramos.

MELLADO.

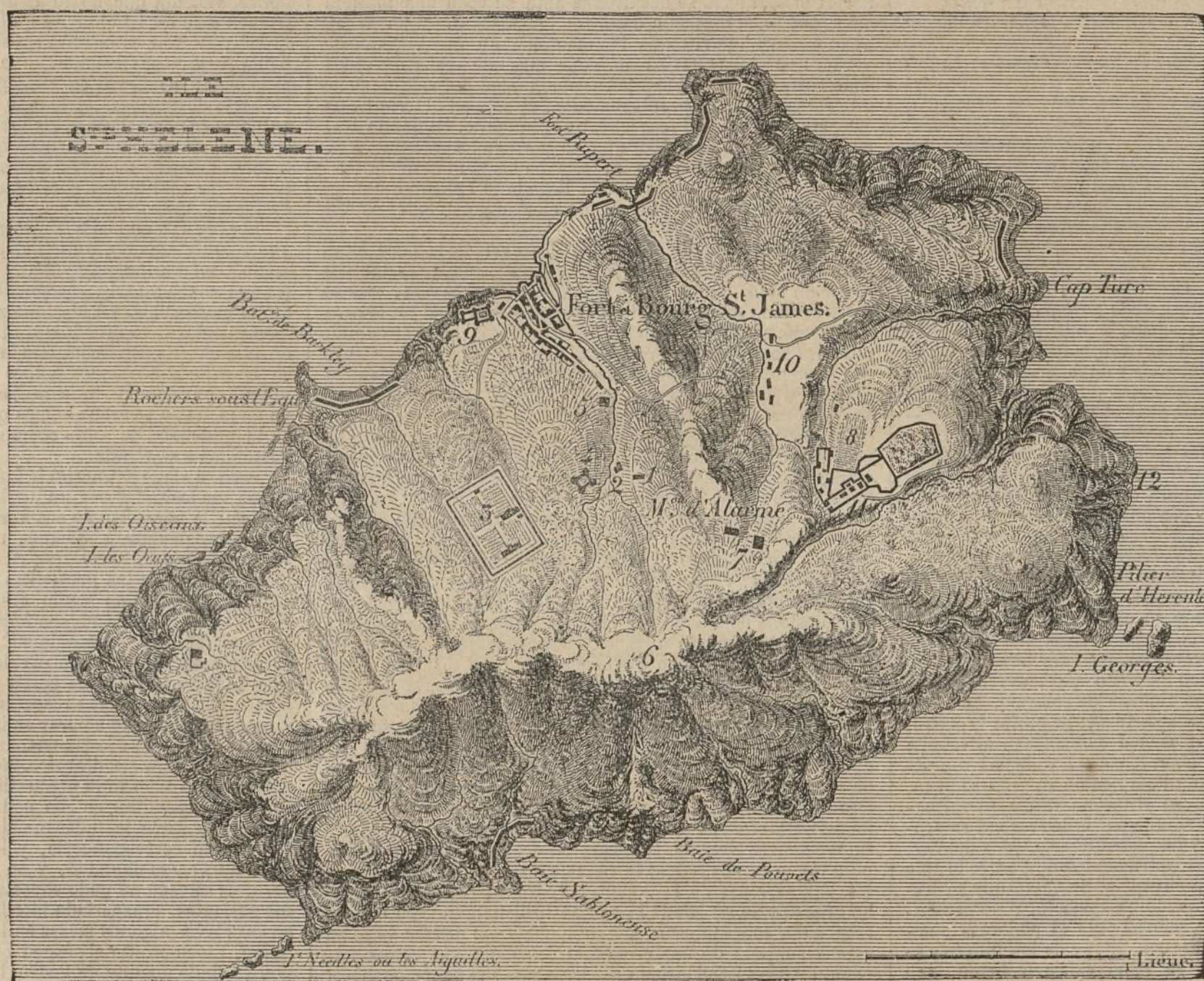
Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, número 8.

HISTORIA UNIVERSAL

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS HASTA NUESTROS DIAS.

POR DON SALVADOR COSTANZO.

Historias parciales de todas las naciones del globo, formando una biblioteca histórica completa.



HISTORIAS PARCIALES.

Historia de España.

- de Portugal.
- de Francia.
- de Italia.
- de Inglaterra, Escocia é Irlanda.
- de Alemania (Imperio y Confederacion.)
- de Austria.
- de la Confederacion suiza.
- de Prusia.
- de los Países-Bajos.
- de los pueblos eslavos.
- de los Estados escandinavos.
- de Rusia.
- de Polonia.

Historia del Bajo-Imperio.

- del Imperio Otomano.
- de la Grecia moderna.
- de la India.
- de la Persia.
- de los árabes antes y despues del Islamismo.
- de la China y la Indo-China.
- del antiguo Egipto.
- de la América española, portuguesa é inglesa.
- de los Estados Unidos de América.
- de los pueblos indígenas del nuevo hemisferio, del Africa y de la Oceania.

HISTORIAS ESPECIALES.

Historia sagrada segun la Biblia.

- de la iglesia cristiana.
- de las religiones.
- de concilios y heregías.
- de los ritos de las iglesias católicas
orientales.
- de la filosofía.
- del derecho civil.
- del derecho político.
- del derecho criminal.
- del sistema penitenciario en la edad
media.
- de la literatura sagrada.
- de la literatura griega.
- de la literatura romana.

Historia de la literatura española.

- de la literatura francesa.
- de la literatura inglesa.
- de la literatura alemana.
- de la literatura italiana.
- de las literaturas orientales.
- de las ciencias.
- de las artes.
- del comercio , de la agricultura
y de la industria.

RESUMEN GENERAL.

Historia de la civilizacion en las cinco partes del mundo.

El prospecto general de esta importantísima publicacion, en que se dan las debidas esplicaciones sobre el modo de realizar un plan tan vasto, está ya impreso y se reparte gratis en los puntos de suscripcion. Para las obras que lo requieran se darán mapas, retratos y láminas aparte del testo.

La primera mitad del tomo 1.º, que consta de doce entregas, y sirve de introduccion, está ya en venta á razon de un real la entrega en Madrid, y real y medio en provincia como obra perteneciente á la BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

SE SUSCRIBE. En Madrid, en el establecimiento de Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en el despacho del mismo, calle del Príncipe, núm. 25.—En provincia, ultramar y el extranjero en casa de los corresponsales de dicho establecimiento y de la BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

Ayuntamiento de Madrid